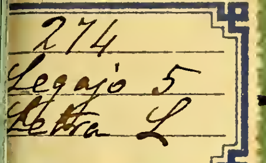


EL COLISEO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICO-DRAMATICAS,
DE
J. M. G.

LAS CONSECUENCIAS DEL JUEGO.

8 REALES.

MADRID.

IMPRENTA DE CRISTÓBAL GONZALEZ,
SAN VICENTE ALTA, NUN. 52.
1865.

CATÁLOGO

DE LAS OBRAS DRAMATICAS DE ESTA GALERIA.

DRAMAS Y COMEDIAS EN TRES O MAS ACTOS.

La urraca ladrona.
La huérfana de Ginebra.
Las consecuencias del juego.

PIEZAS EN UN ACTO.

El sastre del Campillo.
La caza del pollo.
La tapada.
Lazos de amor y amistad.
Un sordao cumplio.
Un dia de azares.
Una ganga.

Cuando se ejecute alguna obra, cuya propiedad ignoren los señores comisionados, exigirán el libro impreso, para si pertenece á esta Galeria reclamar y cobrar los derechos.

LAS CONSECUENCIAS DEL JUEGO.

Este drama es un arreglo del que escribió en francés el célebre Victor Ducange, traducido á nuestro idioma con el título de *Treinta años ó la vida de un jugador*. Además de versificarle, nuestro trabajo ha consistido en imprimir al drama cierto carácter de actualidad, descartándole de ciertas escenas violentas que no se acomodaban muy bien con nuestra época, alterando algunos nombres, pero sin destruir el interés de la obra, ni afectar su parte moral.

LAS CONSECUENCIAS DEL JUEGO,

DRAMA EN TRES ACTOS

DIVIDIDO EN SEIS CUADROS, EN VERSO,

arreglado del francés por

DON PEDRO ESCAMILLA.



MADRID.

IMP. DE CRISTOBAL GONZALEZ,
San Vicente alta, número 52.

1864.

PERSONAJES.

AURORA.
ANA.
CATALINA.
MAGDALENA.
JORJE.
VARNER.
VELMONT.
GERMAN.
DERMONT.
EDUARDO.
SAMUEL.
VALENTIN.
UN MAGISTRADO.
UN VIAJERO.
UN OFICIAL DE GENDARMES.

CRIADOS, ALDEANOS, AGENTES DE JUSTICIA.

Epoca, á principios del siglo.

ACTO PRIMERO.

CUADRO PRIMERO.

Una sala lujosamente amueblada con tapices, butacas etc. Puertas al fondo y á ambos lados.

ESCENA PRIMERA.

VARNER examina varios billetes de Banco que guarda en su cartera Despues GERMAN.

VARNER. Cuarenta mil francos! brabo
negocio! fortuna loca!
En poco más de hora y media
he alcanzado esta victoria.
Pues señor, sin duda alguna
el juego es una gran cosa,
por más que los pesimistas
la sana moral opongan
á un *entrés* que no se pierde
y á un *elijan* que se logra.
No he debido retirarme...
estaba en el cuarto de hora,
y á haber seguido jugando
la banca hace bancarrota.
(German sale furioso por la derecha.)

German. Malditos sean los sietes,
y los reyes y las sotas!
Varner. (Malo! German ha perdido.)
Os puso la cara fosca
la fortuna?
German. No, señor;
me ha tratado con notoria
bondad, pues al despojarme
de una suma muy redonda,
me ha dado un leal aviso
y una leccion provechosa,
y os juro que en poco tiempo
llevo aprendido de sobra.
Varner. Qué es ello?
German. Que estos garitos
son sanguijuelas de bolsas
á quien la sangre del nécio
nutre, alimenta y engorda;
que el menguado que sus puertas
franquea con una loca
pretension, es más que digno
de la amistad que le otorgan
griegos que aunque aquí nacidos
lo son más que Epaminondas;
que la baraja es peor
que un puñal y una pistola,
pues deja con vida al cuerpo
y al alma hiere y destroza...
Ved si la fortuna ha estado
hoy conmigo generosa.
Varner. Ese lenguaje es el mismo,
sin faltar punto ni coma,
del jugador á quien dejan
las cartas sin una dobla.
Y es natural que reniegue
el que pierde, de su poca
fortuna, como el que gana
cante ufano su victoria.
Mas luego la reflexion
tras de las injurias torna,

y luego torna el *desquite*
con la esperanza, y se ahogan
los escrúpulos si viene
en *puerta* un rey ó una sota,
que si se talla sin puerta
el *punto* entero la cobra.
Amigo, el tapete verde
es miel y nosotros moscas.
Apropósito, aquí viene
tras el dulce, una persona
á quien voy á presentarle,
pues quiero que se conozcan.

GERMAN. No es Jorge Velmont?

VARNER. El mismo;
ya vereis...

GERMAN. No, no; es ociosa.
vuestra pretension; por hoy
dispensadme de la honra
de hablarle.

VARNER. Como gusteis...
(Este mozo me encocora.) (German se retira al fondo.)

ESCENA II.

DICHOS.— JORGE.

JORGE. Gracias á Dios que he llegado.

VARNER. Tarde es por cierto.

JORGE. Me sobra
el tiempo si la fortuna
hoy á su cargo me toma...
Hay mucha gente? (Señalando á la derecha.)

VARNER. Y mucho oro.

JORGE. Esto último me acomoda;
necesito desquitarme;
hace dias que está sorda
la fortuna á mis clamores,
y si esta noche no adopta
otro camino.... mi apuro

cada vez es de más monta.
Perdí los cuatro mil francos
que la mano generosa
de mi padre me dió para
el aderezo de Aurora
mi futura.... y no hay remedio,
siendo mañana la boda,
ya sabes tú si es urgente....

Varner. Yo tengo aquí alguna cosa,
y si me hubieras hablado....

Jorge. Lo ignoraba; ciertas joyas
que he podido reunir
y vender, me hacen ahora
dueño de unos dos mil francos....

Varner. Pues no pierdas ripio; aborda
el tapete, y sobre todo
no economices la pólvora;
en un cuarto de hora, Jorge,
te armas jugando á *la dobla.*

German. (Tanta miseria me hastia,
y tan ruin maldad me asombra!)

Jorge. Qué juego se dá?

Varner. *Judias.*

Jorge. Conque *doblando?...*

Varner. Negocias
un capital.

Jorge. Voy al punto ...
espérame... qué zozobra!...
(Sale por la derecha.)

ESCENA III.

VARNER.— GERMAN.

German. Parece que vuestro amigo
está apurado?

Varner. Sí, á fé...
juega sin saber á qué,
no atiende lo que le digo....
Pero ganando ó perdiendo,

será rico, es cosa llana!

GERMAN. Cómo!

VARNER. Se casa mañana.

GERMAN. El!

VARNER. Segun lo estais oyendo.
Hace una boda famosa,
si así se puede llamar
el caudal muy regular
que lleva en dote su esposa...

GERMAN. La conoceis?

VARNER. Ya lo creo!
es una chica divina,
de hermosura peregrina,
como la pinta el deseo..

GERMAN. Pero su padre consiente?

VARNER. Poner quiso impedimento,
mas dijo que sí al momento
hablándole yo elocuente.
Es un viejo adusto y magro
que entre gota y reumatismo
se está estorbando á sí mismo
y vive ya de milagro.
Sus achaques no le dan.
ni aun tiempo para quejarse;
tardará poco en quitarse
la ropa del padre Adan.
De modo que entre la herencia
y el dote de su mujer,
mi amigo Jorge va á ser
mi segunda Providencia.
El tambien lo necesita,
pues si no se casa infiero
que habrá más de un usurero
que le deje sin levita
para cobrarse su escote...
Yo les hablo de la boda;
toda su esperanza, toda
se cifra en tan bella dote.

GERMAN. Supongo que la agraciada
ignorará...

VARNER. Por supuesto;
ya veis, si de todo esto
estuviera ella enterada!..
Desde su edad juvenil
vivió con Jorge, al cuidado
de su padre, que la ha dado
una educacion mongil.
No tiene ningun pariente
más que un tio, á quien se aguarda
para la boda, y ya tarda...
Otra esperanza naciente;
pues segun dicen el tal
ha vivido en Himalaya,
y es casi probable que haya
reunido un capital.
Seria, de lo contrario
un estafador; quién pasa
el charco y no vuelve á casa
convertido en millonario?

GERMAN. (Su descarado cinismo
me subleva de tal modo
que atropellando por todo
voy á romperle el bautismo.)

VARNER. Sin embargo, yo no sé
si será vana aprension;
pero creo que esa union
va á ser muy fatal.

GERMAN. Por qué?

VARNER. Porque no hay conformidad
en génios ni caractéres:
Aurora es de esas mujeres
que huyen de la sociedad.
Jorge al contrario, no doma
su aficion á las intrigas...
Ya veis si van á hacer migas
el milano y la paloma!

GERMAN. Razon hay para temer...

VARNER. No tal... pues si es mi jugada!
En viéndola yo apenada
ya me ha caido que hacer.

GERMAN. (Qué infame!)
VARNER. Y á la verdad
la cosa bien lo merece;
consolar al que padece
es obra de caridad.
Ya veis si es poco cristiana
mi intencion... (Riendo.)
GERMAN. (Absorto estoy!)
VARNER. Con vuestro permiso, voy
á ver si pierde ó si gana... (Sale derecha.)

ESCENA IV.

GERMAN.—DERMONT.

GERMAN. Y he podido ser testigo
de tamaña avilantez
sin sonrojarme... pardiez!
Tiene Jorge un buen amigo!
DERMONT. Venciendo mi repugnancia
al fin he podido entrar
en este infame lugar,
asilo de la vagancia.
GERMAN. (Reparando en Dermont.)
No estoy solo... mas qué veo!
Es Dermont! suerte fatal!
Dermont, el corresponsal
de mi padre!... apenas creo
á mis ojos... qué maldito
azar!... si acaso me ve...
huyamos antes de que
me encuentre en este garito. (Sale por la derecha.)

ESCENA V.

DERMONT recorriendo la escena.

Tapices! sillones... sí,
la prostitucion dorada...
la miseria enmascarada

con el oro valadí.
Esta asquerosa guarida,
qué secretos guardará!
Cuántas lágrimas habrá
hecho brotar en la vida!
Y hay aquí quien vive holgado
de todo temor exento,
entregándose al tormento
de un infierno anticipado.
Qué gente es esta, Señor,
que tras el vano oropel,
de esa puerta en el dintel
deja empeñado su honor?
No hay una voz que convenza
á esa turba valadí
de que á lo que viene aquí
es á jugar la vergüenza?
Apenas puedo creer
que Jorge se haya olvidado
de quien es, y venga osado
su patrimonio á perder.
Si esta noticia traidora
es cierta, de qué manera
voy á entregarle aunque quiera
á mi sobrina!.. mi Aurora!..
He hecho bien en no avisar
á nadie de mi venida...
empecemos la partida,
ya que es forzoso jugar.

ESCENA VI.

DERMONT.—VARNER.

DERMONT. Alguien llega...
VARNER. Naufragando
está Jorge, y se irá á pique...
Como allí no hay quien le esplique...
El juego que se está dando!
Será este algun mentecato

que llora su suerte airada?
(Examinando á Dermont.)
Vamos, no ha perdido nada;
se conoce que es novato.
Servidor. (Saludando.)

DERMONT. Muy señor mio.

VARNER. (Abordemos al intruso.)

DERMONT. Estoy cortado y confuso.

VARNER. No se juega?

DERMONT. Desconfio...

VARNER. De la casa?... bobería!
aquí se vive seguro;
contra nosotros conjuro
no tiene la policía.
Y por el propio interés
es franco y sin maca el juego;
aquí no se tira el *pego*
(sino cien veces al mes.)
Ni en las barajas error
por malicia puede haber,
ni *marca* es de suponer...
(las hay de marca mayor.)
Conque eche una cana fuera
y si trae corazonada,
aproveche la jugada,
pues talla la *cabecera*.
Alguno el escote saca,
segun notarlo podeis.
En fin, si vos lo quereis
(Invitándole á entrar.)
jugaremos una *vaca*.

DERMONT. Caballero, ese lenguaje
no entiendo, y me felicito,
pues nunca á ningun garito
he comprado el hospedaje.
Guardad tan sábias lecciones
para más dócil oido.

VARNER. Entonces habeis venido
aquí á rezar oraciones?

DERMONT. He venido ¡vive Dios!

á lo que quise...

VARNER. (Qué chusco!)

DERMONT. Básteos saber que no os busco,
ni necesito de vos.

VARNER. Sí á fé, mas fuera aplaudido
poner al lenguage tasa...

DERMONT. Para estar en esta casa
aun hablo muy comedido.
Y en cuenta tened, por Dios,
ya que lo habeis menester,
que no he venido á aprender
buena crianza de vos. (Se retira al fondo.)

VARNER. Este hombre viene del Congo
segun su porte y maneras!
Dejémonos de quimeras
pues sin juicio le supongo.

ESCENA VII.

DICHOS.—JORGE.—GERMAN (con aire desesperado el primero.)

JORGE. Maldito juego....maldita
baraja.... maldito yo!..

VARNER. Por qué tantas maldiciones?
á qué viene ese furor?

DERMONT. (En el fondo.) Es Jorge... cielos!.. no hay duda....

VARNER. (Se cumplió mi prediccion.)

JORGE. Me he quedado sin un sueldo,
sin alfiler, sin relój,
sin dos mil francos que trage,
y lo que es mucho peor,
debiendo unos doce mil
sobre mi palabra... oh!
Hay para pegarse un tiro!
Mi compromiso es atroz.

GERMAN. Serenaos.

DERMONT. (Ese jóven
es German... tambien!.. qué horror!)

VARNER. Hombre, no es un caso raro
el perder; la reflexion

debe venir en tu auxilio,
y de cualquier modo, no
es cosa una cantidad,
que no llegará á un millon,
para hacer perder el juicio
á un prudente jugador.

JORGE. Es que me enciende la sangre
la tenáz obstinacion
de la suerte... Veinte cartas
seguidas!.. juego feroz!..
no hay cristiano que las pierda;
y ya que soy la excepcion,
deja que me desahogue,
y deja que en mi furor
anatematice el juego
y maldiga un tres y un dos
que me han dejado por puertas.

GERMAN. Aprovechad la leccion
y huid, huid para siempre
del demonio tentador.

JORGE. Ceder yo ante la fortuna
porque hoy no me apadrinó!..
Renunciar á dominarla
alguna vez?.. no, señor;
hasta tomar la revancha
no cedo.

DERMONT. (Creyendo voy
que no hay ninguna esperanza
de matar su inclinacion.)

VARNER. Mañana...

JORGE. Sí, sí... mañana...
mi casamiento se aguó.

VARNER. Por qué? por un aderezo?
Vaya una fuerte razon!
Yo me comprometo á hallarle

JORGE. Cómo! qué dices?... tú....

VARNER. Yo.

JORGE. Cuándo?

VARNER. Ahora mismo.

JORGE. Pero, hombre...

Te chanceas?

VARNER. ¡Qué aprension!
Oye; en el cuarto segundo
de esta casa... por favor!
no divulgues un secreto
que fio á tu discrecion...
Pues bien; vive una señora
cuyo esposo falleció
en la Habana y que sostiene
cierta industria de ocasion,
útil á los jugadores
que la suerte abandonó.
Posée generalmente
alhajas de gran valor,
y entre ellas un aderezo
de brillantes.

JORGE. Cielos!

VARNER. Oh!
Yo le he visto y es sin duda
regalo de Emperador.

DERMONT. (Qué infame!

JORGE. Vamos al punto;
no admito más dilacion,
Eres mi mejor, amigo
Várner.

VARNER. (Este se clavó.)

GERMAN. (A Jorge.) Escuchad una palabra...

JORGE. Luego... mañana...

GERMAN. Señor,
el seso tiene perdido!..
En su seguimiento voy. (Salen.)

ESCENA VIII.

DERMONT.

No doy crédito á mis ojos!
Dios mio! Jorge Velmont,
aquel jóven tan sumiso,
convertido en jugador!..

mezclado en torpes manejos
propios de rufianes... Oh!
Pobre Aurora!... Yo entregarte
á la infamia y deshonor!...
Porque dado el primer paso
en tan ruin sendero, no
se tarda en dar el segundo...
Felizmente en ocasion
propicia he llegado aquí,
y presto impediré yo.
aunque el infierno se empeñe,
tan descabellada mision.
(Va á salir por el fondo á tiempo que entra German.)

ESCENA IX.

DERMONT.—GERMAN.

GERMAN. Ah!
DERMONT. Dios mio!
GERMAN. Qué imprudencia
no haber huido!
DERMONT. Es verdad:
causa es de contrariedad
para ambos nuestra presencia.
GERMAN. No dejareis de extrañar
que el hijo de un hombre honrado
con gente tan vil mezclado
se vea en este lugar;
mas será la última vez
que tal cosa me suceda,
señor Dermont; aun me queda
un poco de sensatez.
DERMONT. El rubor de vuestra frente,
German, me dá claro indicio
de que no es en vos oficio
el tráfico de esa gente.
GERMAN. Oh! no hablo por sincerarme,
pues desde luego confieso
que el llegar aquí fué exceso

suficiente á sonrojarme.
Cedí á un fatal pensamiento.
pero escarmentado he sido,
y aunque el dinero he perdido,
me servirá de escarmiento.
Y juro no he de intentar
el desquite; gracias doy
á mi fortuna, pues hoy
perdiendo me ha hecho ganar.
No compensa todo el oro
que ese tapete engalana,
la ansiedad del que lo gana
á costa de su decoro.

Dermont. No perdeis en mi opinion
aunque en este sitio os veo,
como en la vuestra yo creo
que no perderá Dermont.
A vos os hizo tentar
la suerte un mal pensamiento;
pero yo con otro intento
he llegado á este lugar.
Y estoy tan avergonzado
cuando en tal sitio me miro,
que hasta el aire que respiro
me parece emponzoñado.
Mas yo no sé ¡pesiamí!
si el rubor que hoy he sentido,
es porque otros le han perdido
cuando se encuentran aquí.

German. Os comprendo: Jorge...

Dermont. Oh!
De qué distinta manera
le dejé... quién me dijera
que así le encontrara yo!
Jorge con tanto cinismo
sin que en su mente se vea,
ni aun la sombra de una idea,
que le haga huir de este abismo!

German. A propósito; un aviso
importante voy á daros,

que pudiera aprovecharos
y evitar un compromiso.
De una boda oí rumores
como operacion sencilla,
para evitar la polilla
de molestos acreedores.
Hay un amigo traidor
que comerciará atrevido,
con el caudal del marido
y de ella con el honor.

DERMONT. Oh! yo sabré poner coto
á quien á tanto se atreve.
(Se oyen voces, y aparecen varios jugadores por el fondo, como si trataran de huir.)
Mas qué es esto?.. quién promueve
tan repentino alboroto?

ESCENA X.

DICHOS.—UN OFICIAL, y varios gendarmes.

OFICIAL. Nadie salga de esta casa
sin que haya identificado
su persona...Atrás señores. (A German y Dermont.)

GERMAN. Qué es esto?

OFICIAL. Que cumplo y guardo
las órdenes recibidas.

DERMONT. ¿Mas con qué objeto? sepamos:

OFICIAL. Con el de hallar al autor
ó autores de un atentado
que ha poco se ha cometido
aquí cerca, y segun varios
avisos, en esta casa
se ocultan, con lo robado,
los ladrones.

DERMONT. Señor mio,
podeis suponer que entrambos!..

OFICIAL. Supongo que un aderezo
de brillantes, es un gancho
magnífico de conciencias.

GERMAN. Ved con quién estais hablando.
OFICIAL. Precisamente por eso
vuestros papeles reclamo;
dádmelos y partireis
si en ellos dudas no hallo.
DERMONT. Y ha de sufrir tal afrenta,
un hombre como yo honrado?
OFICIAL. Quien frecuenta tales sitios
se expone á este y otros chascos...
y abreviemos de razones
que no estoy para escucharos.
GERMAN. Bien; por más que me repugne
en tal sitio revelaros
mi nombre, tomad... (Le dá un papel.) Ahora
que ya me conoceis, salgo
por fiador de mi amigo.
DERMONT. Gracias.
OFICIAL. No basta; es del caso
un documento... la fórmula!..
DERMONT. Pero...
OFICIAL. ¡Qué quereis!
DERMONT. Me llamo
Dermont.
OFICIAL. Bien.
DERMONT. Soy comerciante
en Marsella, y he llegado
hace un momento á París.
OFICIAL. No dudo que será exacto
cuanto decis, pero es fuerza
con documentos probarlo,
y hasta tanto que lo hagais,
delante de un magistrado
debo conduciros.
DERMONT. Cielos!
Qué compromiso!.. cómo hago
que Aurora se desengañe?
GERMAN. Aurora!.. sereis acaso?..
DERMONT. Su tio!
GERMAN. Decidme al punto
qué he de hacer para ayudaros.

DERMONT. (Dándole un papel y una llave.)
Tomad; id pronto á la fonda,
la llave es esta del cuarto;
allí vereis mi cartera...

GERMAN. Pronto os veré...

OFICIAL. Vamos.

DERMONT. Vamos.

(Salen por el foro.)

CUADRO SEGUNDO.

Una sala lujosamente amueblada en casa de Velmont: puertas á derecha é izquierda.

ESCENA PRIMERA.

CATALINA.—VALENTIN.

CATALINA. Cómo sigue hoy el enfermo?
VALENTIN. Yo no sé; pero la cara
que ha puesto el doctor, indica
que no está de buena data.
Quiere hablar al señorito
Jorge, pero no está en casa,
y si el enfermo lo sabe
le va á chocar la tardanza.
CATALINA. Por cierto que su conducta
es particular y extraña.
Cuando dentro de dos horas
vá á casarse, de jarana
pasa la noche...
VALENTIN. De veras?
CATALINA. Ya estaba apuntando el alba
cuando vino.
VALENTIN. Si su padre
á traslucirlo llegara!..
Y la señorita Aurora
ha dicho?..
CATALINA. Ni una palabra,
mas yo la he visto verter
lágrimas en abundancia.

Y es natural; de su novio
se vé casi abandonada,
por ese maldito Várner,
el amigote! qué traza!
no me pasa de los dientes
adentro... si él es la mala
ventura del señorito!..
El, quien le lleva á esas casas
donde arriesga su dinero...
en cambio, cuando no gana
que suele ser á menudo,
Dios mio, trae una cara
y un humor... Como su padre
lo supiera!

Valentin. Buena zambra
se iba á armar! Entre su genio
y su enfermedad, le daba
un patatús...

Catalina. Y Dios quiera...

Valentin. No debe haberle hecho gracia
al médico, pues ya digo
que al pulsarle esta mañana
se ha rascado la peluca,
y dicen que se la rasca
cuando en peligro de muerte
algun enfermo se halla.

Catalina. Aprensiones!

Valentin. Yo lo he visto...

Catalina. La señorita. (Viendo á Aurora por la derecha.)

Valentin. Pues vaya,
te dejo á solas con ella. (Sale por el fondo.)

ESCENA II.

AURORA.—CATALINA.

Aurora. Jesus! vengo sofocada!
el ruido, los cumplimientos,
el calor! todo me cansa.

Catalina. Y la emocion que á estos casos

generalmente acompaña.

AURORA. Es verdad; voy á casarme! (suspirando.)

CATALINA. Lo decis con una cara,
que, lo que á todas les place,
parece que miedo os causa.

AURORA. Quiero hablarte con franqueza,
pues siempre mi confianza
has tenido: no es decir
que á mí no me satisfaga
la boda, yo quiero á Jorge...
pero hay varias circunstancias
que sin ser supersticiosa
nada bueno me presagian.
Mi tio, el único deudo
á quien con ansia esperaba,
no va á asistir á mi boda;
el anciano, á quien de tantas
bondades le soy deudora,
está segun se propala
enfermo de gravedad...
Jorge... casi no repara
en el llanto que mis ojos
á todas horas derraman,
acaso por su conducta
y esquivez inmotivadas;
luego el padrino de boda
es Várner... su nombre empaña
mis lábios; no sé esplicarte
la aversion involuntaria
que me inspira; me enrojece
el fulgor de su mirada,
y descubrir creo en ella
una aterradora audacia.

CATALINA. Y qué, no hay otras personas?

AURORA. Sí; pero Jorge le guarda
la preferencia; á su lado
ni me hace caso, ni me habla.
Además, no has advertido
hoy en su rostro una extraña
agitacion? Te aseguro,

y acaso será una vana
locura, que no me encuentro
tranquila.

CATALINA. Pues no faltaba
más, sino que vos ahora
os hiciéseis desgraciada
con riesgos imaginarios !
(Lo cierto es que á mí me pasa
lo mismo, y auguro mal...)

AURORA. Mira, creo que á esta sala
el señor Velmont se acerca.

CATALINA. Es verdad..¡ Jesus. qué cara.
No puede tenerse en pié....
mucho temo una desgracia!
(Aparece Velmont por la derecha sostenido por dos criados que le conducen hasta un sillon: Aurora y Catalina van á su encuentro.)

ESCENA III.

DICHAS.— VELMONT.— y Luego JORGE (foro.)

AURORA. Padre mio!

VELMONT. Ven, Aurora.

AURORA. Cómo os hallais?

VELMONT. A tu lado
me encuentro más aliviado
del dolor que me devora.
Pero y Jorge, dónde está?
Le he llamado inútilmente.

AURORA. Recibiendo está á la gente
del salon: ahora vendrá...

CATALINA (A Jorge.) Vuestro padre os quiere hablar.

JORGE. (Preocupado.) Y Varner que aun no ha venido!
Ya estoy aquí.. ¿Os ha ocurrido
algo de particular?
Aurora, corre al salon,
todos preguntan por tí...

VELMONT. (Deteniéndola.)
No la separes de aquí...

Hija de mi corazon!
Ya que no pueda al altar
conducirte cual quisiera,
déjame un punto siquiera
de tu presencia gozar.
La vejez es egoista,
Aurora, y la enfermedad
lo es mucho más que la edad;
por eso ahora me contrista
la idea de abandonarte.

AURORA. Juntos no hemos de vivir?

VELMONT. No, que yo voy á partir
donde no puedo llevarte.

AURORA. Qué decis?

VELMONT. La muerte avanza.

AURORA. Aun dais en esa manía?
Esperad...

VELMONT. Aurora mia,
para mí no hay esperanza.
Dí ya el último tropiezo
y viene la muerte en pos...

JORGE. Ah!.. Varner... gracias á Dios.
(Corriendo á su encuentro.)
Traes al fin el aderezo?

ESCENA IV.

DICHOS.—VARNER.

VARNER. (A Jorge.) Tranquilízate. Señor
Velmont, Aurora preciosa... (Saludando.)
por mi tardanza enojosa
entono el yo pecador.
No pretendo disculparme,
pero á mi amigo ofrecí
una cosa y... ya está aquí. (Le da una caja.)
Forzoso fué el retardarme.

JORGE. Oh, gracias! Aurora mia,
admite este pobre don,
que aunque indigno, es la expresion

de mi amor, de mi alegría.
Pague yo de esta manera
tu puro cariño.

AURORA. (Examinando la joya.) Oh!
es muy bonita!

VARNER. (A Jorge.) (A ella no,
pagáselo á la prendera.)

VELMONT. (Examinándola.)
Esta joya manifiesta
en Jorge un gusto completo.

VARNER. (Yo que estoy en el secreto
sé muy bien lo que nos cuesta.)

VELMONT. (A Aurora.)
Con que se acerca la hora
de la ceremonia?

AURORA. Sí;
voy á prepararme.

JORGE. Aquí
te espero; hasta luego, Aurora.

(Varner la ofrece el brazo que ella acepta con repugnancia, y la conduce hasta la puerta de la derecha.)

VELMONT. (A Jorge.) Quiero hablarte.

VARNER. (A id.) En el salon
estoy; cuando llegue el caso
me avisas.

JORGE. (A Varner.) (Como me caso,
vamos á tener sermon.) (Sale Varner.)

ESCENA V.

VELMONT.—JORGE.

VELMONT. Jorge, vengamos á cuentas:
la paterna autoridad
vá á librarte de su yugo,
que no fué nunca un dogal,
pues mi cariño te impuse
pero no mi voluntad.
En esta ocasion, hablarte
como un amigo leal

es mi deber, y á cumplirle
dispuesto tu padre está.
Desde hoy ya vas por tí solo
tus bienes á manejar,
y van á ser diferentes
tu hacienda y la mia ya.
Tu independencia recobras,
mas puede serte fatal
si de tus malas pasiones
no te sabes separar.
Mira que el juego es terrible;
desde tu más tierna edad
esa propension funesta
causa ha sido á no dudar
en tí, de mil sinsabores,
en mí de dolor tenaz.

Jorge. Permitid que os interrumpa
y que vuelva á renovar
mis juramentos: estoy
tan desengañado ya!..
y protesto nuevamente....

Velmont. Basta: si hay sinceridad
en tus palabras, el cielo
tu ventura labrará:
si hay dolo, que no lo creo,
si doblez en ellas hay,
á más de ser responsable
de la suerte tan fatal
á que condenas á Aurora,
en tu pecado hallarás
el castigo más terrible
que pudieras desear
á tu mayor enemigo.
Mira que la sociedad
empuja al hombre hácia el crímen,
mas no perdona jamás
al que débil ó insensato
se deja en su red atar.
Mira que un hombre sin honra
es vestido usado ya,

que por mucho que se cuide
menos vale, y pierde más:
que el menosprecio es la muerte,
y la miseria un dogal,
que el crímen á nuestro cuello
sugeta con mano audaz...
Jorge, tù padre te ruega
cerca de la eternidad...
no arrojes en mi sepulcro
cicuta en vez de arrayán...
que puedas noble y honrado
ir á mi fosa á llorar...

JORGE. Válgame Dios, padre mio!..
Es esta oportunidad
para ese lenguaje?.. vamos,
vuestro llanto refrenar
es conveniente; ya Aurora
se aproxima...

VELMONT. Bien está:
dame un abrazo, y no olvides
cuanto acabas de escuchar.

(Varner aparece por el foro, con dos ó tres convidados, y Aurora por la derecha engalanada para la ceremonia.)

ESCENA VI.

DICHOS.—AURORA, VARNER y acompañamiento.

VARNER. Ya está todo prevenido.

(Aurora se arrodilla á los piés de Velmont, que la abraza y la bendice.)

AURORA. Ah! padre mio!..

VELMONT. Id en paz,
y mi bendicion sincera
os acompañe al altar.

VARNER. (A Jorge.) Vamos, basta de pamemas;
me carga el llanto oficial.

(Aurora se apoya en el brazo de una de las señoras del acompañamiento; detrás siguen Jorge y Varner, y luego los convidados.)

ESCENA VII.

VELMONT.—VALENTIN.

VALENTIN. El señor vuelve á su cuarto?
VELMONT. No; prefiero aquí esperar...
VALENTIN. Lástima es que la capilla
de la quinta no podais
ver!.. está resplandeciente
con mil luces y... algo más...
y luego las colgaduras
y los candelabros tan
relucientes, y las lámparas
y las arañas, y las...
VELMONT. Suprime la descripcion,
que aunque sea muy veráz
ni estoy de humor para oirla
ni muy acertado estás
en escojer tal momento
para hacerme saborear
tus impresiones... no sé (Valentin se retira al fondo)
qué oculto y terrible afán
me está desgarrando el pecho
con una angustia mortal.
VALENTIN. (No sé de qué mil demonios
se puede á un enfermo hablar
sin incurrir en su cólera....
Maldito genio de agráz!...)
VELMONT. Hará feliz á mi Aurora!)
(Aparece German en la puerta del fondo y habla en secrto con Valentin.)
Ella tan cándida y tan..
(Reparando en Valentin que se acerca.)
¿Qué quieres?
VALENTIN. Un caballero
acaba de preguntar
por vos.
VELMONT. Que pase adelante.
VALENTIN. Bien; caballero, pasad. (Valentin sale por el foro.)

ESCENA VIII.

VELMONT.— GERMAN.

GERMAN. Es el señor de Velmont?
VELMONT. Servidor: tomad asiento...
GERMAN. (Por ahorrarle este tormento
diera yo... mi corazon.)
VELMONT. Ante todo, perdonad
que no me haya levantado,
pues que me tienen postrado
mis achaques y mi edad.
GERMAN. Por disculpado os daría
el estar en vuestra casa.
VELMONT. El ser su dueño no tasa
ni impide la cortesía.
Conque así he de mereceros
me digais lo que motiva
que en mi casa yo reciba
el honor de complaceros.
GERMAN. A esa invitacion, señor,
siento no corresponder
de un modo que os pueda hacer
apetecible ese honor.
Mas aunque mucho me duela,
cumpliré la comision
de vuestro amigo Dermont.
VELMONT. Cómo! Ha llegado?
GERMAN. (Dándole un papel.) Esta esquela
os esplicará el objeto
de mi venida.
VELMONT. (Abriéndola.) (Dios mio!..
no sé por qué desconfio
al penetrar el secreto...
(Leyendo.) «Amigo mio: acaso por mi repentina y misteriosa llegada he descubierto un secreto que me ha hecho mudar de resolucion respecto al enlace de mi sobrina con vuestro hijo.

Así pues suspendedlo todo hasta nuestra vista,
que será en breve.»
Oh! Dios! Pero qué ha podido
influir de tal manera
para que Dermont no quiera
aceptar este partido?
Por qué esa resolucion
por él ha sido adoptada,
dejando tan mal parada
mi fama... mi estimacion?..
Ah! si algo sabeis, señor,
con vuestra amistad yo cuento...
no os detenga en tal momento
un ridículo temor.

GERMAN. (Pena me dá su ansiedad!)

VELMONT. La incertidumbre es cruel...
aclarad de este papel
el misterio... hablad, hablad...
De una horrible pesadilla
creo la víctima ser!..
Oh! no hay tiempo que perder!..
Ved que están en la capilla...

GERMAN. Cómo!

VELMONT. Salieron de aquí,
hace ya tiempo bastante,
y tal vez en este instante,
hayan cambiado ya el *sí*.
Tal ved se pudiera hacer...

GERMAN. Ya es inútil; lo comprendo...

VELMONT. No veis que me estais haciendo
cruelmente padecer!..

GERMAN. Si está tan adelantada
la obra del infausto azar,
no hay más medio que callar.
Sería una campanada.

VELMONT. (Poniéndose la mano en el pecho.)
No en valde aquí desigual
sentía una agitacion...
leal eres, corazon,
mas me matas por leal.

ESCENA IX.

DICHOS.—DERMONT, *precipitadamente.*

DERMONT. Velmont!..
VELMONT. Ah!
GERMAN. (*A Dermont.*) Tarde llegué:
ya la iglesia los ha unido.
VELMONT. Pero, qué es lo que ha podido?..
DERMONT. Ya es inútil... para qué
he de dar esplicaciones
que estériles han de ser?
VELMONT. Y no lo merece haber
matado mis ilusiones?
Mi honor tan poco valor
hoy para vos representa,
que me negais una cuenta
en que peligra mi honor?
DERMONT. Siempre sereis en verdad
para mí lo que habeis sido;
mas hay quien vuestro apellido
no lleva con dignidad.
Y pues remedio no tiene
lo que ha permitido Dios,
olvidémoslo los dos,
Velmont, que así nos conviene.

ESCENA X.

DICHOS.—JORGE.—AURORA.—CATALINA.—VARNER.
ACOMPAÑAMIENTO.

AURORA. (*Viendo á Dermont y abrazándole.*)
Padre!... Tio idolatrado!..
Vuestra vista en tal momento
viene á ser el complemento
de mi dicha... Os he esperado
con ansia.
DERMONT. (Pobre inocente!)

JORGE. (A Varner señalándole á Dermont.)
Este estuvo anoche...

VARNER. Sí.
Y German tambien aquí!

JORGE. (Me habrá vendido esta gente!)

AURORA. Pero qué, Jorge, no abrazas
á mi tio?...

JORGE. Sí, ya voy....

DERMONT. (Y no tiembla al verme!.. estoy,
absorto.)

VARNER. (Contemplando á Dermont y á German.)
(Qué par de trazas!)

JORGE. (A Dermont.) Siento que no hayais llegado
antes....

DERMONT. (Ridícula chanza!)

VELMONT. (A Jorge con severidad.)
Quién sabe si á su tardanza
debes estar obligado!

VARNER. (Le habrá dicho!)

VELMONT. (A Aurora.) Hazme el favor
de retirarte, hija mia.

AURORA. Qué decis!

VELMONT. Hablar queria
con Jorge y con el señor. (Señalando á Varner.)

JORGE. Y lo que vais á decir
tan en secreto ha de ser
que no puede mi mujer?...

VELMONT. Es que no lo debe oir.

AURORA. Obedezco.

JORGE. (Deteniéndola.) Ten paciencia.

VARNER. (A Jorge.) (No cedas.)

JORGE. Bien la razon
alcanzo en esta cuestion,
y... no estorba su presencia.
Se tratará á no dudar
de algun lance entretenido
que aquí algun entrometido
(Mirando á German con intencion.)
os ha venido á contar.
Gente es que vive de hablillas,

que á caza de disensiones
va sembrando desazones,
cual cobardes mujercillas.
Conoceis alguno vos? (A German.)

GERMAN. Cómo!.. Creeis?..

JORGE. Bueno fuera
que al creerlo no le hubiera
partido al instante en dos.

VELMONT. Jorge...

JORGE. Pero si os acusa
la conciencia, y no es bastante
lo dicho, tomad mi guante.
(Le arroja á la cara de German.)

VELMONT. Y esto en mi casa se usa!

GERMAN. (Yendo hácia Jorge.)
Villano!

AURORA. Jorge!.. ay de mí!..

DERMONT. No insulte esa furia loca
á aquel que no le provoca...
Yo soy quien ha hablado aquí.

JORGE. En vuestro acento creeria,
aunque es por demás osado,
si vos no hubiérais estado
anoche en mi compañía.

VELMONT. Qué escándalo!

AURORA. (A Jorge.) Por favor!

JORGE. Solo al recordar aquello,
hoy hubiera puesto un sello
al lábio murmurador.

DERMONT. Nunca ví tanta impudencia,
tan descarado cinismo!

JORGE. Pues ved que por eso mismo
me choca vuestra presencia.

DERMONT. No insulte esa lengua avara
canas de un hombre de honor.

JORGE. Vos las guardárais mejor
y yo no las insultara.

VALENTIN. (Saliendo del foro y acercándose á Velmont.)
Un magistrado está ahí fuera
y os quiere hablar.

VARNER. (A Jorge.) (Tengo miedo!)
GERMAN. (Será este algun nuevo enredo?)
VELMONT. Hazle entrar, puesto que espera.
VARNER. (Segunda parte del cuento (Sale Valentin.)
de los brillantes... qué azar!..)
DERMONT. (Como asaltado de una idea repentina dirigiéndose á German.)
Oh! tiemblo solo al pensar
si es verdad lo que presiento!

ESCENA XI.

DICHOS.—UN MAGISTRADO y dos MINISTROS DE JUSTICIA que no pasan de la puerta.

MAGISTR. Es enojoso en verdad
que el cumplir con mi deber
pueda en tal instante ser
causa de contrariedad;
mas la justicia me guía,
la obligacion me sentencia:
cedan ante su presencia
las leyes de cortesía.
VELMONT. Ni á ellas os veo faltar,
ni yo os lo advirtiera osado;
caballero, ó magistrado,
podeis cual convenga obrar.
MAGISTR. Quién es Jorge de Velmont?
JORGE. Servidor.
CATALINA. (Ay Santa Rita!)
MAGISTR. Seguidme: se os necesita
para una declaracion.
VELMONT. Puedo sin ser indiscreto,
saber la causa?
MAGISTR. Sí, á fé:
yo mismo la esplicaré
porque no es ningun secreto.
Un robo se ha perpetrado
ayer junto á una partida
de juego; reconocida
despues, se os ha señalado

como uno de los que más
la frecuentan.

VELMONT. Qué baldon!

MAGISTR. Por otra declaracion
mucho más ámplia quizas,
se sabe que recibísteis
en la misma casa ayer
de mano de una mujer
con quien hablando estuvísteis.
un aderezo completo,
parte del robo citado.

AURORA. (A Jorge.) Gran Dios!.. será?

JORGE. (A Aurora.) (Ten cuidado
con callar.)

AURORA. (Le comprometo...)

VELMONT. Con que ya públicamente
por jugador te señalan?
Dí que calumnias propalan,
esa acusacion desmiente,
ó renuncia á mi apellido.

MAGISTR. Es que el señor no podrá
negar unos hechos ya
que tan probados han sido.

JORGE. Y por qué lo he de negar?
Fuera ridículo empeño.
De mis aciones soy dueño,
y por lo tanto comprar
pude lo que me agradó:
si el vendedor lo ha adquirido
malamente, no he debido
ir á averiguarlo yo.

VARNER. (A Jorge.) (Bien.)

JORGE. Qué es lo que se pretende?

MAGISTR. Que ante el competente juez
vaya y declare á su vez..

JORGE. Declárelo quien lo vende

VELMONT. (Al Magistrado.) Muevaos á piedad, señor,
mi estado y él os convenza!..
libradnos de esta vergüenza!..
de este infame deshonor!

No sea ante un tribunal
mi siempre limpio apellido,
ajado y escarnecido...
Fuera un golpe muy fatal!

AURORA. Sí, tambien yo uno mi ruego...

MAGISTR. Vuestras lágrimas, señora,
las canas del que me implora (Señalando á Velmont.
y de esta casa el sosiego,
me obligaran á ceder
en parte, pero es forzoso
que me entregue vuestro esposo...
(Reparando en los brillantes que Aurora lleva.)
Cielos!.. esta joya... á ver...
Por las señas que me han dado
la reconozco.

VARNER. (A Jorge apretándole la mano.) Silencio!

MAGISTR. Y sin trabajo evidencio
que es parte de lo robado.

AURORA. (Quitándose el collar.) Resistir vergüenza tanta
no puedo: triste de mí!

JORGE. Qué haces?

AURORA. (Arrojándole.) Quitarle de aquí,
pues me quema la garganta.

VELMONT. (Adelántandose como haciendo un esfuerzo supremo.)
Tambien mi mente, pardiez!
una idea desvanece
viendo que un dia envilece
muchos años de honradez...
Si fácil el conocerte
al nacer hubiera sido,
por no verme escarnecido
dado te hubiera la muerte. (Cae desplomado en un sillon. Aurora estara á un lado llorando.

DERMONT. (Al Magistrado, señalando á Velmont.)
Ya veis cuán grave es su estado,
y para no hacerlo más
de vos espero quizás
un favor muy señalado.
Yo os respondo del mancebo:
víctima de una imprudencia

le creo, pero en conciencia
á acusarle no me atrevo.
Mi amistad os le reclama;
que se quede consentid,
y descuidado partid
que él irá si se le llama.

MAGISTR. Aun cuando me extralimito,
lo que me pedís os doy,
y en la confianza voy
de encontrarle...

DERMONT. Os lo repito.

MAGISTR. Ahora á mi vez perdonad
las molestias que he causado.

DERMONT. Gracias, señor Magistrado...
id con Dios.

MAGISTR. Con él quedad.

(El Magistrado y los ministros de justicia salen por el foro.)

ESCENA XII.

VELMONT.—JORJE.—GERMAN.—VARNER.—DERMONT.—AURORA.—CATALINA.

(A la izquierda en el sillon y como ensimismado está Velmont entre Aurora Catalina, y German. Dermont y Jorge en primer término. Varner enmedio del teatro, cruzado de brazos permanece indiferente.)

DERMONT. (A Jorge.) Ahora nos toca á los dos:
estadme por Dios atento
que necesito un momento
de conversacion con vos.
Pura permision del cielo
os ha hecho dueño de Aurora. .
bien mi cariño lo llora!..
inmenso es mi desconsuelo!
Mas despues de lo pasado
no debereis presumir
que yo la deje vivir
ni un momento á vuestro lado.
La infamia, deshonra y dolo
que alcanzais de vuestra estrella

no los partireis con ella,
guardadlo para vos solo.
Es mi sobrina; dichosa
y honrada la quiero ver...
no la hagais desmerecer
llamándola vuestra esposa.
Así no os debe chocar
que use un proceder violento:
hecho está ya el casamiento,
mas yo le sabré anular.

JORGE. Loco estais, sin duda alguna!
y al querer dar ese paso
fiais más de lo que acaso
os merece la fortuna...
Por vida de Belcebú!
Sin duda me habeis tomado
por un chico mal criado
á quien vais á hacer el bú!
Mi casamiento anulado?..
Vos hacerme ese perjuicio!..
Repito que vuestro juicio
está un poco trastornado.
Con qué derecho se atreve
vuestra lengua, señor mio,
á refrenar mi alvedrio,
y á motejarme de aleve?
Olvida, quien se querella
contra mí y tal se propasa,
que esta casa no es su casa
y puedo arrojarle de ella.

DERMONT. Insensato! Por mi honor
te juro, y lo he de cumplir,
que Aurora no ha de seguir
la suerte de un jugador.

ORGE. Si al juego estoy entregado,
lo mio arriesgo y no más,
pues á vos no he ido jamás
á pedir nada prestado.
(Furioso.) Y no provoqueis mi enojo,
pues si los estribos pierdo

os ha de quedar recuerdo...

AURORA. Jorge, por Dios... qué sonrojo!
Contra un hombre vas á osar
que es nuestro huesped ahora?
Como tio de tu Aurora
le debieras respetar.
Muévate la situacion
de tu padre... no le ves?..
no ha de escitar tu interés
en pró de su salvacion?

DERMONT. No hables de afectos sagrados (A Aurora.)
á quien nada le conmueve.

JORGE. Y aún vuestra lengua se atreve?..
Salid, ó de mis criados
el más inferior vendrá
á arrojaros.

DERMONT. Qué osadía!

GERMAN. VARNER. } Jorge!

JORGE. Esta casa es la mia,
entendedlo...

VELMONT. (Levantándose de repente y adelantándose aunque con trabajo.)
Basta ya.
Del Señor la luz divina
esclarece mi razon:
escucha la prediccion
que mi lábio te fulmina.
Esa pasion desgraciada
tras la que marchas veloz,
esa insistencia feroz
de tu mente extraviada,
será el roedor eterno
de tu corazon precito,
cuyo destino está escrito
en las puertas del infierno.
Vivirás vida de llanto,
de contínuo padecer...
dolor será tu placer,
será tu alegría espanto.
De tus hijos ni una vez

la sonrisa gozarás,
pues ante ellos temblarás
como el ladron ante el juez.
Oh! maldito sea el dia
en que fuistes engendrado
para envenenar osado
horas de amor y alegria!..
Maldito séa el varon
á quien sirvió de placer
verte crecer... y crecer
verdugo de su opinion!..
Hijo vil, sufre el castigo
que merece tu pecado...
(Con voz solemne.) Yo en nombre de un Dios airado
te maldigo!..

TODOS. Ah!

VELMONT. Te maldigo!

(Velmont cae exánime: Aurora se arrodilla á sus piés. Jorge y los demas permanecen aterrados.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

CUADRO TERCERO.

Gabinete en casa de Aurora: puerta al foro y laterales.

ESCENA PRIMERA.

AURORA.—CATALINA. (La primera escribiendo junto á una mesa donde habrá dos bujías medio consumidas.)

CATALINA. (Tan temprano levantada?..
Pero no; sin duda en vela
habrá pasado la noche....
la cama no está deshecha... (Mirando á la derecha.)
llora.... lo mismo que siempre!
tantos años como lleva
de matrimonio, son otros
tantos de amargura y pena....
Infeliz!)

AURORA. Sí; quiero emplea
el recurso que me queda,
por nuestro niño á lo menos,
no por mí á quien ya la adversa
fortuna tratar no puede
con más rigor ni fiereza... (Escribe.)

CATALINA. Señorita!..

AURORA. Ah!... estabas ahí...

CATALINA. Sí á fe; á reñirla resuelta,
puesto que me dán derecho
mis años, y la fé ciega
que os profeso. Es conveniente
para quien cual vos emplea

todas las horas del dia
en llorar á rienda suelta ,
pasar sin dormir la noche?..

AURORA. Ay, Catalina!.. por fuerza,
si el sueño huye de mis ojos
las he de pasar en vela.
Me ocupaba en escribir
á mi tio, de la ausencia (Suspirando.)
de mi esposo aprovechándome.

CATALINA. Al Señor Dermont? Recuerda
mi memoria aquel ingrato
dia en que el amo á la puerta
le puso, como quien dice...
(Movimiento de Aurora)
Teneis razon; esa fecha
no conviene recordar...
Pero creeis que os atienda
vuestro tio?

AURORA. Yo no sé...
hace años que mi impaciencia
espera á una y otra carta
que escribo, alguna respuesta,
aunque en vano: como que es
ya mi única providencia,
la imploro en favor de mi hijo...
y mientras su padre juega
restos de su patrimonio,
mi amor de madre está alerta.

CATALINA. Es verdad; siempre jugando!..
sin más descanso ni tregua,
con ese maldito Várner
que en él tal vicio fomenta.
Es el hombre más perverso
que existe sobre la tierra.
No sé cómo en tanto tiempo
no ha caido el amo en cuenta
de que arruinarle y perderle
es solo su única idea....
y no contento con esto,
abrigar aun la vileza

de vencer vuestra virtud
con mil asechanzas necias...
Deberíais arrancarle
esa hipócrita careta
con que oculta la ignominia
de que tiene su alma llena.

AURORA. Ah! nunca tendré valor!
ya conoces la violencia
de Jorge, su arrebatado
cáracter... y es tan funesta
mi situacion, que ni es cuerdo
incitar en él sospechas,
ni callándome exponerme
á peores consecuencias.
Pero alguien viene... será él!..
Si su rostro manifiesta
que ha perdido; no te vayas...
su mal humor me amedranta.

CATALINA. (Se acerca a la puerta del foro.)
Es Valentin.

ESCENA II.

DICHOS.—VALENTIN.

VALENTIN. Señorita...
el señor Várner.. intenta...

AURORA. No sabes que estando sola
no recibo sus molestas
visitas?

VALENTIN. Sin duda alguna,
pero tres veces con esta
ha venido á preguntar...
por cierto que la primera
aun no habia amanecido...
y es tanta y tal su insistencia,
su alteracion, su inquietud...
Me dijo con voz tremenda
que no habiendo visto al amo,
que le recibais es fuerza

para evitar un desastre.

AURORA. Ah!.. corre, díle que venga...
Sin duda Jorge ha perdido,
y Dios sabe lo que intenta...

CATALINA. Y si fuera alguna farsa?

AURORA. Tienes razon; oye, espera... (A Valentin.)
Decir que no ha visto á Jorge
cuando es su sombra!

CATALINA. Pamemas
serán sin duda!

AURORA. (Cerrando la carta.) Esta carta
vas á llevar... no la pierdas.

CATALINA. (A Valentin.) Pobre mujer!..

VALENTIN. (A Catalina.) Pues yo creo,
segun me dijeron fuera,
que hoy vienen aquí á embargar.

CATALINA. (Mirando al fondo.) Señora, el amo... daos priesa..

AURORA. (Guardando el papel.) Entonces guardo la carta...

CATALINA. Ha despedido en la puerta
á Várner... viene furioso...

AURORA. Ay!.. yo tiemblo... haz que no venga
Eduardo; no quiero que
presencie tales escenas.

(Catalina vá á salir por la derecha, pero se detiene al ver el ademan inquieto y descompuesto de Jorge, que aparece en el foro.)

ESCENA III.

DICHOS.—JORGE.

JORGE. Desde cuándo acá, señora,
no autoriza vuestra vénia
la visita de un amigo
mio?

AURORA. Como nadie piensa
en visitar á estas horas,
no acostumbro...

JORGE. Es que detestas
á Várner, porque es mi amigo.

AURORA. Amigo tuyo!

JORGE. (A Valentin.) Si llegas
alguna vez á perderle
el respeto, ten en cuenta
que te despido.

VALENTIN. Señor,
os juro...

JORGE. Basta de réplicas.

AURORA. Valentin... (Haciendo seña de que calle.)

JORGE. (A Catalina.) Qué haces tú aquí?

CATALINA. (Cortada. Poner los muebles en regla...

JORGE. Tiempo hay de sobra: idos ambos.

VALENTIN. (Dando á Jorge unos papeles.)
Señor, estas providencias
vienen á notificar.

JORGE. (Arrojando los papeles sobre la mesa.)
Ya me enteraré, despeja.
(Valentin sale por el foro, Catalina por la derecha.)

ESCENA IV.

JORGE.—AURORA.

JORGE. Esta noche me ha tratado
la suerte con más rigor
que nunca... tanto mejor!..

AURORA. (Con dulzura.) Ah! si no hubieras jugado!

JORGE. Lo de siempre! Y qué he de hacer?
Puedo otra cosa intentar?
El que se pone á jugar,
á pique está de perder.
A más, no siempre he tenido
tan mala fortuna al juego,
ni el destino, sordo y ciego
á mis deseos ha sido.
Díganlo si nó estos restos
de opulencia... alguna vez
me desquitaré, pardiez!
de azares tan manifiestos.
De cien veces triunfe yo una.

Pero esta noche... Dios justo!..
nunca ha sido tan adusto
el ceño de la fortuna.
Cierto es que la cantidad
con que tentarla probé
era corta... pero qué!
fué tal mi contrariedad...
Y sin embargo es preciso... (Sombrío.)
yo necesito dinero;
de lo contrario no espero
salir de un gran compromiso.

AURORA. Y qué puedo en ello hacer?
Joyas, galas y vestidos
hace tiempo que vendidos
le fueron á un mercader.
Nada hay nuestro aquí á excepcion
de los muebles.

JORGE. (Con amargura.) Que hoy serán
embargados!

AURORA. Oh! qué afan!..
y qué cruel situacion!

JORGE. Y no obstante, lo repito;
si he de salvar mi decoro,
es preciso encontrar oro...
lo quiero, lo necesito....
(Se sienta con aire terrible y sombrío.)

AURORA. Jorge, esposo mio, calma
tu angustia fiera un momento,
y llegue mi dulce acento
á lo profundo de tu alma.
Mira el estado precarío
en que sumidos nos vemos,
pues casi nunca podemos
contar con lo necesario.
Para un dia en que la suerte
te presenta algun despojo,
hay luego mil de sonrojo
más crueles que la muerte.
Porque aun el vano explendor
que á veces hemos gozado

era solo el resultado
de una desgracia mayor.
No creas en esto ver
reconvenciones siquiera....
no; te hablo de esta manera
pues te amo y soy tu mujer.
Aun tenemos una parte
de mi dote, y aunque escasa,
para mantener la casa
bien su renta puede darte.
Con ella en cualquier rincon
del mundo vivir podemos
felices, sin que anhelemos
el fausto y la ostentacion.
Una existencia dichosa
en pago de tan prolijo
afan, el amor de un hijo
y el cariño de tu esposa.
Todo esto es lo que te guardo,
lo que gustosa te ofrezco...
si por mí nada merezco,
hazlo por tu pobre Eduardo.
Recuerda la obligacion
que con él has contraido;
no le des con tu apellido
de avergonzarse ocasion...
Ah! Jorge, huyamos de aquí,
pues tu alma lo necesita:
deja esta ciudad maldita,
tan funesta para tí.
Huye de esas amistades
por tu desgracia adquiridas;
de tu reposo homicidas,
causa de tus liviandades.
Huye á un sitio donde en calma
se deslicen nuestras horas
alegres y seductoras
llenando de dicha el alma.
Lejos de esta agitacion,
de este contínuo mareo

donde marchita el deseo
los goces del corazon.

JORGE. Mil veces tal pensamiento
fué al labio desde tu mente,
y otras mil indiferente
me has encontrado á tu acento.
Qué dicha puede ofrecer
á quien el ruido desea
la existencia en una aldea,
sin mañana y sin ayer?
No; yo aspiro á la opulencia
cual la he tenido otras veces;
tarde, muy tarde me ofreces
los goces de esa existencia.
Y puesto que la fortuna
nos conserva alguna parte
de tu dote, á suplicarte
llega mi voz importuna.
Entrégame ese dinero.

AURORA. Qué dices?

JORGE. Es necesario,
Aurora: de lo contrario,
perdido me considero.

AURORA. Entregarte el porvenir
de mi Eduardo?.. no, jamás.

JORGE. Aurora...

AURORA. Cansado estás...
yo no puedo consentir...

JORGE. Y si mañana te entrego
igual cantidad?

AURORA. Quimera!..
Más complaciente yo fuera,
á no dominarte el juego.

JORGE. Soy tu marido, y lo mando.

AURORA. Yo obedecerte no puedo:
á mi hijo no desheredo
porque tú vivas jugando.

JORGE. Prefieres verme espirar
deshonrado?.. tú no sabes
los compromisos tan graves

que me es forzoso afrontar.
No sabes á lo que ha osado
mi despecho... no penetras
que hay quien falsifica letras...

AURORA. Cielos!

JORGE. (Con repugnancia.) Yo he falsificado.
Hoy vencen los pagarés
que con un nombre fingido
yo escribí... y estoy perdido
si se protestan... ya vés...

AURORA. El vaticinio fatal
de tu padre se cumplió;
sí, criminal te llamó,
Jorge, ya eres criminal.
Conque es preciso perder
lo poco que nos quedaba?
Yo á mi Eduardo reservaba...

JORGE. (Sacando un papel.)
Basta: firma este poder
que apropósito estendido
á favor de Várner vá.
En tu nombre él sacará
los fondos...

AURORA. (Llorando.) Hijo querido!

JORGE. Si preferis de otra suerte
negar vuestra firma ahora,
aquí yo mismo, señora,
tendré que darme la muerte.

AURORA. No, no, salva tu honra que
es la honra de los dos...
yo con la ayuda de Dios
á mi Eduardo salvaré.
(Firma el papel y lo da á Jorge.)
Toma, vé al punto á destruir
la prueba de tu delito,
mas por el cielo bendito
no vuelvas á delinquir.

JORGE. Vamos, recóbrate, Aurora;
no aumentes con tus dolores
los amargos sinsabores

de un marido que te adora.
Es preciso aparentar
para que ignore la gente...
Esta noche justamente
un concierto voy á dar.

AURORA. Qué dices?

JORGE. Que he convidado
á medio París.

AURORA. Qué afan!..
hoy... en circunstancia tan
grave!..

JORGE. Es un golpe de estado.
Si vé la turba judía
que hay lujo y ostentacion,
prestarán sin detencion
por solo esta garantía.
Con que dispon lo preciso
para la noche, y no así
te aflijas: yo voy por tí
á salvar mi compromiso.

AURORA. No olvides el recojer
las letras.

JORGE. Tiempo hay demás.
(Várner estará quizás
impaciente por saber...)
Hasta luego. (Es necesario
dar un golpe con ventaja...
Si pinta bien la baraja,
voy á volver millonario.)
(Sale por el foro.)

ESCENA V.

AURORA.—CATALINA.—Luego VALENTIN.

CATALINA. Qué ha sucedido, señora,
que así estais tan abatida?

AURORA. Ay, Catalina querida!
Qué amargo dolor devora
mi alma! es ya harto prolijo

para poderle afrontar...
Se acaba de consumar
la miseria de mi hijo.

CATALINA. Dad tregua al llanto un instante.

VALENTIN. Ahí pregunta un caballero
por vos: parece extrangero...
por cierto que su semblante
sereno, no me es del todo
extraño.

AURORA. Quién puede ser?..
No te ha dado á conocer
su nombre?

VALENTIN. De ningun modo.

AURORA. No sé si debo... Dios mio!..
(Viendo á Dermont en el foro.)
Creo que soñando estoy...

DERMONT. Aurora...

AURORA. Gracias os doy
por haber venido, tio...
(Valentin y Catalina se retiran.)

ESCENA VI.

AURORA.—DERMONT.

DERMONT. Y bien?..

AURORA. Cuánto he deseado
este instante placentero!..
pero siempre silencioso
á mis cartas, tuve miedo
de que os durase el enojo.

DERMONT. No, Aurora; un negocio á Méjico
me hizo partir, y á mi vuelta
recibí tus cartas; viendo
por ellas, de tu destino
el crudo encarnizamiento,
dejé todos mis asuntos
y así juzgándolo cuerdo
quise instruirme de todo.
Nada ignoro; te lo advierto.

Ya vés si al pié de la letra
se ha cumplido mi funesto
pronóstico.

AURORA. ¡Ah, tio, cuán
desgraciada me contemplo!
Si me abandonais, la muerte
será mi úuico remedio.

DERMONT. Abandonarte!... jamás...
ya que tu marido lo ha hecho,
yo no, pues no lo mereces....
Díme, Aurora: conque es cierto
que ha disipado la herencia
de su padre?...

AURORA. Por completo.

DERMONT. Que está agobiado de deudas?

AURORA. Ah!... yo soy quien lo padezco.

DERMONT. Díme y tu dote?

AURORA. La parte
que quedaba, hace un momento
le he entregado.

DERMONT. Y tú eres madre!

AURORA. Tuve precision de hacerlo.

DERMONT. Todo lo com prendo, todo...
en esa carrera, ciego
habrá descendido al último.
Hijo vil, padre perverso,
cruel esposo... le falta
ser criminal....

AURORA. Ay!...

DERMONT. Comprendo
tu exclamacion: el camino
del crimen no tiene freno
ni barreras, y el que pierde
su caudal, llega á ser presto
un malvado....

AURORA. No... Dios mio!..
no le ultrajeis... que es, recuerdo,
el padre de Eduardo.

DERMONT. Bien....
ahora es fuerza que pensemos

en aliviar tu desgracia.
Animo; yo te protejo,
pero es preciso romper
esos lazos tan funestos
que te unen á Jorge....

AURORA. Basta;
no prosigais, os lo ruego.
O me conoceis muy poco,
ó que recordaros tengo
quién soy: yo no le abandono;
prometí con juramento
ser suya, y lo cumpliré.
Si él feliz me hubiera hecho,
yo, á su amor agradecida,
daría gracias al cielo:
ha causado mi desdicha,
y asi resignarme debo.

DERMONT. Entonces, qué puedo hacer?

AURORA. Tengo un hijo y no poseo
nada que pueda su dicha
asegurar.... por él tiemblo....
Quien se dignará ampararle ?

DERMONT. No digas más; soy un nécio
cuando antes de que me hablases
no he dado yo en tal extremo.
Solo soy en este mundo
tu hijo será mi heredero.

AURORA. Ah, señor, cómo ese rasgo
de alegria llena el pecho!
Dejad que una madre os dé
pruebas de agradecimiento,
besando el polvo que huellan
vuestros piés... (Queriendo arrodillarse.)

DERMONT. (Levantándola.) Pero qué es esto?
no eres tú sobrina mía?..
Pues hago demas volviendo
por los mios, para que
lo extrañes?..

JORGE. (Dentro.) Valentin, viejo
del diablo...

DERMONT. La voz de Jorge!
AURORA. Dios mio!
DERMONT. Me voy corriendo
por no afrontar su presencia.
Oye; despues nos veremos...
vivo en casa de German,
si algo ocurre...
AURORA. (En la puerta del fondo.) Ya no hay medio
de que salgais sin que os vea.
DERMONT. Entonces, viven los cielos!..
AURORA. Entrad, entrad en mi alcoba:
(Señalando la puerta derecha.)
luego saldreis... vamos presto.
DERMONT. Esconderse es humillarse,
pero por tí me someto.
AURORA. Entrad... (Dermont se oculta.)

ESCENA VII.

AURORA.—JORGE.

JORGE. Ya he dado mis órdenes
para que mal no quedemos
esta noche.
AURORA. Has recojido
esas letras?
JORGE. Aun hay tiempo...
lo primero es deslumbrar
y que haya en París recuerdo
de mi fiesta.
AURORA. Habla más bajo...
y sobre todo no es bueno
que descuides...
JORGE. Si te digo
que no es cosa del momento.
He traido tus alhajas,
pues viene lo más selecto
de las damas, bella Aurora,
y que las eclipses quiero.
Várner es el encargado

de preparar el concierto.

AURORA. Pero por qué alzas la voz?

JORGE. Qué importa!.. mira, te advierto
que has de cantar al piano
el aria de Pergoleso...

AURORA. Bien, pero no grites; te oigo
perfectamente.

JORGE. Qué empeño
en que hable bajo: qué temes?..
Por qué te turbas?..

AURORA. (Inquieta.) No creo...

JORGE. A qué miras á la alcoba?

AURORA. (Turbada.) Casualidad.

JORGE. No por cierto...
Tu semblante palidece...
aquí se oculta un misterio.
(Va hácia la alcoba, Aurora procura detenerle.)

AURORA. Dónde vás?

JORGE. Quiero enterarme...

AURORA. Es que Eduardo está durmiendo...

JORGE. Es que me engañas, Aurora,
y que á sospechar empiezo...
Aparta.
(Al querer entrar en la alcoba sale Dermont.)

ESCENA VIII.

DICHOS.—DERMONT.

DERMONT. No es necesario
incomodarse.

JORGE. Qué veo!...
Quereis renovar la escena?

DERMONT. No os asusta ese recuerdo?

AURORA. Ah, Jorge, por Dios te pido
que no pierdas el respeto...

JORGE. Qué buscais en esta casa?
un segundo rompimiento?

DERMONT. He venido á ser testigo
del trato innoble y grosero

con que á personas honradas
recibís, á ver si es cierto
lo que mis ojos y oidos
reputaban por un sueño;
pero voy desengañado,
pues todo cuanto dijeron
no llega á la realidad.
Esta es la causa que me ha hecho,
de no pisar vuestra casa
quebrantar el juramento.
Nada más tengo que hacer,
ni nada que decir tengo. (Va á salir.)

AURORA. Jorge, detenle por Dios;
haz que se quede...

JORGE. No quiero.

DERMONT. Ni á querer vos me quedara
donde de estar me avergüenzo. (Sale.)

ESCENA IX.

AURORA.— JORGE.— Luego VARNER.

JORGE. Vive Dios!... Es necesario
que os prohiba veces ciento
recibir á ese... importuno? (Con desprecio.)
Pues por la última os advierto
que el no obedecerme puede
ser causa de grave riesgo
para vos.

AURORA. Qué crueldad!
Por tu cariño me veo
desamparada; un amigo
solo me queda; de nuestro
Eduardo á quien desheredas
puede ser el ángel bueno....
y quieres que yo rechace
y maldiga ese consuelo?

JORGE. Sí; porque á mí me desprecia;
porque pérfidos consejos
te dá para que me odies,

debes mirarle á lo menos
con indiferencia.

AURORA. Ah... Jorge!..
no me comprendes....

JORGE. (Mirando al foro.) Silencio!
alguien llega.

VARNER. Bella Aurora,
os presento mis respetos.
(¡Parece que ha habido llanto!
tanto mejor... lo celebro...)

AURORA. Permitid que me retire...

JORGE. Sí, disponte para luego....

(Aurora saluda y acompañada hasta la puerta por Jorge, sale.)

VARNER. (Todo vá bien; si esta noche
el diablo ayuda mi intento,
domar ese orgullo loco
é insultante me prometo.)

ESCENA X.

JORGE.—VARNER.

JORGE. Has dado algun golpe fiero
desde que me he separado
de tí?

VARNER. Sí, Jorge; he jugado
en contra de mi dinero.
Diez mil francos.

JORGE. Poco importa;
treinta mil he reunido.

VARNER. Más afortunado has sido.

JORGE. A la larga ó á la corta
me he de hacer rico.... no obstante
con tu dinero conté
para mis letras.

VARNER. Pues qué,
no has cobrado lo bastante?

JORGE. He tenido que invertir
algo para la funcion
de esta noche.

VARNER. Qué ocasion
si pudieras asistir
á la partida!.... Hoy irán
el polaco y su mujer....
y será cosa de ver
porque talla el aleman...
Pudieras con maña, chico,
triplicar tu cantidad,
y mañana...
JORGE. Sí ; es verdad
pagar, quedando ya rico.
VARNER. Yo he llegado á prometer
tu asistencia.
JORGE. Y la funcion?
Qué lástima!
VARNER. En el salon
te remplaza tu mujer:
debes ir.
JORGE. No dices mal.
VARNER. De esa suma desprenderte
cuando benigna la suerte
puede hacerla un capital!
JORGE. Seria dar en extremos...
VARNER. Que en tí nunca alabaré.
JORGE. Nada, lo he resuelto: iré,
es decir, los dos iremos.
VARNER. A casa del Consejero
tengo que ir y no me pesa.
(*Con intencion.*) Voy á dirijir la mesa.
JORGE. Ya comprendo; y el dinero.
Quédate con la mitad.
VARNER. El aviso es oportuno.
JORGE. Cuarenta mil cada uno...
ya sabes, la caridad...
A las seis de la mañana
nos veremos...
VARNER. Sí, pardiez!
(Delante estarás de un juez
aunque es hora algo temprana.)
JORGE. Iremos luego á pagar

mis letras.

VARNER. Sin duda alguna.

JORGE. La rueda de la fortuna
vamos los dos á fijar.

VARNER. Sí á fé. (Ya ese documento
está bien asegurado
y pronto será entregado....
(Con sarcasmo.) (Conviene algun escarmiento!)
Con que no faltes.

JORGE. (Dándole la mano.) Prometo
portarme como un valiente.

VARNER. (Esto vá perfectamente:
ya está en mis redes sugeto.
Todo lo voy á emprender.
A este le tengo vencido,
pero nada he conseguido
si resiste su mujer.)

CUADRO CUARTO.

Dormitorio de Aurora: en el fondo una cama colgada; á la izquierda, una ventana: á cada lado y en primer término, dos puertas.

ESCENA PRIMERA.

CATALINA.— Luego DERMONT.

CATALINA. Dios mio, qué habrá ocurrido!...
á una hora tan avanzada
venir el señor Dermont!
Acaso alguna desgracia....
Solamente en este sitio
puedo introducirle y tarda
ya en llegar con Valentin
(Señalando á la puerta izquierda.)
por esa escalera... Cuánta
zozobra!... y la pobre Aurora
esforzándose en la sala
por complacer á las gentes!..
(Suenan dos golpes á la puerta izquierda. Catalina abre y entran Dermont y Valentin; esta se va en seguida.)
Ahi están... Cristo nos valga!...

DERMONT. Señora, yo necesito
ver á Jorge sin tardanza.

CATALINA. Al amo?

DERMONT. Sí.

CATALINA. No es posible.
DERMONT. Por qué?
CATALINA. Porque no está en casa.
DERMONT. Cómo? á pesar de la fiesta!..
CATALINA. Su tarea cuotidiana
nada interrumpe en el mundo.
DERMONT. Qué desarreglo!.. qué infamia!
Y Aurora?
CATALINA. Cumple por él,
y devorando sus ansias
se esfuerza en aparentar
placer.
DERMONT. Pues id y avisadla...
Me precisa hablar con ella
sin perder tiempo una causa
muy grave.
CATALINA. Qué ha sucedido?
DERMONT. No os detengais; la importancia
del asunto necesita
diligencia extraordinaria.
CATALINA. Voy al punto. (Sale por la derecha.)

ESCENA II.

DERMONT.— A poco AURORA.— CATALINA.

DERMONT. Es imposible
por más que quiera ocultarla
el golpe atroz y terrible
que su reposo amenaza.
Y él, entretanto jugando
mientras otros le preparan
el deshonor y un encierro!..
AURORA. (Vestida de baile.)
Ah! tio, qué es lo que pasa
que á hora tan intempestiva
venis?
DERMONT. De una nueva infausta
soy portador: es preciso
prevenir toda tu calma

para afrontar el peligro
que sobre tu frente estalla.

AURORA. Hablad.

DERMONT. Jorge está perdido,
si la fuga no le salva,
por haber hecho girar
créditos y letras falsas.

AURORA. Ya lo estaba yo temiendo...

DERMONT. Segun eso no ignorabas?...

AURORA. Para qué le dí mi dote?
Mas cómo supisteis?...

DERMONT. Nada
más fácil; el prestamista
que las tiene fué á cobrarlas
á la casa del banquero
para quien fueron giradas:
este echó de ver el fraude,
y la justicia avisada
practicando diligencias
está desde esta mañana.

AURORA. Ah!.. tio... no le dejeis
abandonado....

DERMONT. Su audacia
debería castigar..

AURORA. No por Dios... esas palabras...

DERMONT. Mas procuraré salvarle;
no por él, de su desgracia
digno... por su hijo... por ti...
Pero es fuerza que alguien vaya
á darle inmediatamente
noticia de lo que pasa.

AURORA. Quién sabe dónde estará!!
Dios mio, qué desgraciada
soy!.. y vá á comprometerle
un momento de tardanza!..

CATALINA. Señora, ahí fuera un sugeto
quiere hablaros; sus instancias
apoya en lo perentorio
del caso; tambien con ansia
preguntó por el señor...(Señalando á Dermont.)

DERMONT. Es German; Aurora, manda
que entre al momento... le he dicho,
(Aurora hace señas á Catalina y esta sale.)
pues como á mí, tu desgracia
le interesa, que averigüe
lo que en el asunto haya,
y sin duda habrá sabido
alguna otra circunstancia.

ESCENA III.

DICHOS.—GERMAN.

GERMAN. Señora, tengo el honor
de saludaros.
DERMONT. Qué pasa?..
Podeis hablar sin temor;
Aurora ya está enterada.
GERMAN. Pues bien, tan solo un instante
le queda á Jorge, si trata
de escapar; la órden de arresto
acaban ahora de darla
y verá la nueva luz
en un encierro mañana.
AURORA. Qué horror!.. no sé lo que siento
en el corazon... me faltan
las fuerzas para sufrir
tantos golpes que me matan.
GERMAN. Señora, ánimo...
AURORA. Y qué debo
hacer?
DERMONT. Huir de esta casa
con Eduardo, refugiarte
en mis brazos que con tanta
efusion te están abiertos,
y abandonar sin tardanza
á ese miserable... sufra
la suerte que le deparan
sus crímenes.
AURORA. Oh!.. jamás.
DERMONT. Silencio...

ESCENA IV.

DICHOS.—CATALINA.

CATALINA. Señora...
DERMONT. Habla.
CATALINA. Las gentes están inquietas;
en el salon se propalan
rumores de que esta noche
prenden al amo.
DERMONT. Su infamia
ya es conocida de todos!
CATALINA. Así que cundió en la sala
tal noticia, poco á poco
fueron despejando.
DERMONT. Haya
esa escándalo de menos.
CATALINA. Ya no debe haber un alma.
DERMONT. Tanto mejor...
AURORA. Prontamente
que se recojan en casa
los criados.
DERMONT. Sí, que nadie
se entere, si es que la falta
no tiene á todo París
por depositario... Vaya,
nosotros, German amigo,
á ver si nos damos traza
para que Jorge se fuge...
Tú, Aurora, de aquí no salgas;
procura tranquilizarte,
y si él viniese le mandas
luego á casa de German...
Salve al pronto su preciada
libertad, que si es posible
volverle su honor sin mancha,
haremos que le recobre.
AURORA. Oh! sí... sí... de su desgracia
libradle... y Dios os lo premie...

DERMONT. Corramos... ten esperanza...
(Salen ambos por la izquierda.)

ESCENA V.

AURORA.—CATALINA.

AURORA. Ya ese lance tan terrible
que la suerte con extraña
insistencia ha preparado,
se cumplió; ya nada falta
para completar su ruina...
entre la fuga y la infamia
colocado... Dios clemente!..
y en tanto que aquí encerrada
con mis lágrimas sofoco
el incendio que me abrasa,
él, juega tranquilamente!..
CATALINA. Y bien, señora, esas lágrimas
qué indican?
AURORA. El complemento
de mi infortunio; ya nada
me resta sino morir.
CATALINA. Calmaos.
AURORA. (Se coloca por casualidad frente del espejo.)
Funestas galas!..
Disfraz con que la miseria
representa inmunda farsa!..
Este es el mayor sarcasmo
de mi fortuna contraria...
(Arrancándose algunas flores de su tocado.)
lejos de mí, pobres flores...
vuestro aroma, vuestra sábia
me envenenan y no puedo
aspirarle ni apreciarla... (Pausa.)
Retírate, Catalina...
CATALINA. Sola os dejo?
AURORA. Me acompañan
las penas, inseparables
compañeras de mis ansias.

No quiero abusar de tí...
duerme; estás muy fatigada...
prepararse es conveniente
á quien sabe que la aguardan
nuevos tormentos... la llave
toma de la puerta falsa. (Se la dá.)
Si German vuelve, ó mi tio,
me avisas.

CATALINA. Bien; yo sentada
junto á la cuna de Eduardo
velaré...

AURORA. Sí... hasta mañana.

(Catalina sale por la segunda puerta derecha. Aurora toma la bugía y entra por la primera puerta derecha. Pausa. Varner entra por la puerta secreta perfectamente embozado, esplora la escena y se despoja de la capa y el sombrero.)

ESCENA VI.

VARNER.

No hay nadie: bien, no me pesa.
Hora, sitio y ocasion
á un amante y á un ladron
favorecen en su empresa.
De las dos cosas, bastante
hay en mí, lo he observado...
como ladron he llegado
para salir como amante.
A Jorge envuelto dejé
en una red bien tupida,
y... no temo su venida;
no le dejarán á fé.
En cuanto á Aurora, esta llave
puede ser la de su honor...
Quien como yo siente amor,
por todo atropellar sabe.
Largo tiempo he preparado
con calma, juicio y cordura
esta nocturna aventura...

Todo lo bien calculado
debe dar segun infiero
el objeto apetecido...
ella viene... prevenido
estoy... sorprenderla quiero.
(Se retira hácia el fondo.)

ESCENA VII.

VARNER.—AURORA.

AURORA. (Dejando la bujia sobre la mesa.)
La soledad me amedrenta;
el regocijo me hastía...
con nada me hallo contenta...
VARNER. (Que ha ido adelantándose.)
Teniendo eso mismo en cuenta...
AURORA. Ay!
VARNER. Os haré compañia.
AURORA. Dios mio!
VARNER. No os asusteis,
pues nada malo debeis
recelar.
AURORA. Con qué intencion
venis á mi habitacion?
VARNER. Adivinarla podeis.
AURORA. Porque la adivino ya
auxilio pediré al punto. (Vá á llamar.)
VARNER. Y el que venga me verá,
mas vuestro honor no saldrá
bien librado en el asunto.
AURORA. (Deteniéndose) Soy perdida...
VARNER. Yo no quiero
vuestras penas aumentar,
antes al contrario espero
haceroslas olvidar
con mi pasion.
AURORA. (Con dignidad.) Caballero!
VARNER. Si el ceño adusto que veo,
para contenerme usais,

haceis mal segun yo creo,
pues más hermosa el deseo
os vé cuando séria estais.

AURORA. Asi os atreveis á hablarme
siendo amigo de mi esposo?

VARNER. Y puedo yo refrenarme
cuando aquí siento abrasarme
un incendio peligroso?

AURORA. Pronto un sello á vuestro lábio
ponga el respeto, por Dios,
y obrareis en ello sábio;
pues yo escuchándoos me agravio,
y hablando me ofendeis vos.
Si una esperanza fatal
tuvísteis, en mi desden
ved un designio formal...
O me habeis juzgado mal,
ó yo no os entiendo bien.

VARNER. Aurora, dadme completa
atencion y oidme en calma...
Porque la juzgo indiscreta,
voy á arrancar la careta
con que se disfraza el alma.
Esta insensata pasion
que brota del corazon,
me aniquila, me da enojos;
mata la luz en mis ojos
y en mi mente la razon.
Asi es que, á quien atesora
un amor tan acendrado
se le corresponde, Aurora,
porque mata; mas no implora
cuando se vé despreciado.
No vayais á suponer
que amedrentaros intento,
no; yo os quiero merecer
más que por ser violento,
por apasionado ser.
Reflexionad por favor:
Jorge nada os puede dar

más que infamia y deshonor,
pues por falsificador
va en un presidio á espirar.
Yo en cambio de esa cadena
de angustia, zozobra y pena,
os brindo dicha y ventura
y una existencia segura
de amor, de cariño llena.

AURORA. No sé cómo os he escuchado
sin abandonar mi calma,
ni como asi habeis osado
á juzgar, hombre malvado,
á la mia por vuestra alma.
Vos la causa primordial
de nuestra desgracia inmensa!..
Vos, amigo desleal,
pidiendo una recompensa
habiendo obrado tan mal!
Sin duda me suponeis
tan vil como lo habeis sido,
cuando vencer pretendeis
lo que vos no conoceis
ni jamas habeis tenido.
Qué liviandades en mí
vísteis para hablarme así
con lenguaje torpe y nécio?
Salid al punto de aquí...
no os aborrezco... os desprecio.

VARNER. No jugueis con mi paciencia,
que es demasiada imprudencia,
porque hallar término puede,
y estallando, en vos no quede
ni átomo de resistencia.

AURORA. Vencerla es vana simpleza
con súplica ó demasia,
pues mi honra á velar empieza
y aun no ha amanecido el dia
en que pierda su pureza.

VARNER. Con que no os ablanda el fuego
que el alma entera me abrasa?

con que resistis mi ruego?..

AURORA. Salid, salid de esta casa
do turbásteis el sosiego.

VARNER. Y no temeis mi venganza?

AURORA. En Dios pongo mi confianza.

VARNER. Y no temeis, vive Dios!
que un egemplar haga en vos,
perdida ya la esperanza?
(Vá á asirla.) Pues ya que desafiais
el alma que hoy os implora,
ya que tan mal me pagais...

AURORA. Dios mio!

VARNER. (Amenazándola.) Si no callais!..

AURORA. Socorro!

JORGE. (Dentro.) Aurora... abre, Aurora...

AURORA. Cielos!

VARNER. Es Jorge... qué hacer!..

AURORA. Mi marido... Dios piadoso!
huid...

JORGE. (Llamando izquierda.) Abre.

AURORA. Es peligroso
que aquí se lleguen á ver.

VARNER. (Apagando la luz.) Esperad... si me vendeis,
quedais sin honra y perdida...

JORGE. Abre, Aurora, ó por mi vida...

AURORA. Pero huid... que os esponeis...
Dios mio...

VARNER. (Ocultándose al fondo.) Apenas respiro.

JORGE. (Llamando violentamente.) Aurora!

AURORA. (Vacilando.) Noche fatal!..
Siento una angustia mortal...
si le vé... cielos! yo... espiro!..
(Cae desmayada. Jorge dá un violento empuje, abre la puerta. Várner permanece en el fondo.)

ESCENA VIII.

DICHOS.—JORGE.

Qué oscuridad!.. juraria
hace poco haber sentido

voces... vamos, habrá sido
de la calentura mia
efecto... Duerme sin duda
Aurora... duerme tranquila
en tanto que me aniquila
el dolor... no hay quien me acuda
en este trance infernal,
pues aun Várner me abandona...
Y he perdido!.. nunca abona
el destino al criminal.
Y mañana, suerte fiera!..
Estoy turbado... me siento
enfermo y calenturiento.
Quién sabe lo que me espera
mañana... tiempo de huir
apenas tengo... qué haré?
ceder á á mi suerte... á fé
que ya no hay más que morir.
Pero y mi Eduardo... mi Aurora?..
Qué herencia al infeliz lego!..
Maldito, maldito juego!..
maldita pasion traidora!..
(Va andando hácia la mesa y tropieza con el sombrero de Várner.)
Un sombrero!.. Y no es el mio!..
Oh! quién le ha traido aquí?..
Alguno ha venido, sí...

VARNER. (Al oirle.) (Oh!.. torpeza fué...)

JORGE. Qué impío
torcedor... no es ilusion...
el ruido que oí al entrar...
en su sangre he de lavar
mi ignominioso borron.
Si me vende... Aurora... yerta!...
(Tropieza con Aurora.)
Ah! todo se me conjura!
Misterio horrible que apura
mi paciencia... Estará muerta?

AURORA. (Volviendo en sí.)
Ah! Jorge!.. perdon!.. Dios santo!..

JORGE. Esa frase te acrimina...

AURORA. Huye...

JORGE. De quién?.. Me asesina
su acento, me causa espanto!..

AURORA. Huye por Dios!

JORGE. Insensata!..

AURORA. Soy inocente...

JORGE. Tu voz
débil, de un crímen atroz
por cómplice te delata... (Reconociendo la escena.)
Deja que vengarme pueda
de un rival... de tí tambien,
que eso lo merece quien
de mi honor hace almoneda.
Cobarde!.. mas le hallaré!..

AURORA. Ah Jorge!..

JORGE. Dónde se esconde?..
decidme, señora, dónde?..

AURORA. Infeliz de mí... no sé...
(Jorge hace saltar la puerta izquierda y desaparece frenético: Catalina entra por la derecha conduciendo á German.)

ESCENA IX.

AURORA.—VÁRNER.—CATALINA.—GERMAN.—Luego JORGE.—DERMONT.

CATALINA. Señora...

AURORA. Lance empeñado
es si se encuentran... qué afan!..

CATALINA. El caballero German
os busca.

AURORA. (Corriendo hácia él.) Dios ha escuchado
mi ruego... es un protector
que me envia...

GERMAN. Está perdido
si no huye vuestro marido...

AURORA. Sí, sí... que huya... es lo mejor.

CATALINA. Ya está la justicia en casa...

AURORA. No me abandoneis por Dios...
van á matarse los dos!..

GERMAN. Pero quién?

(En este momento Várner se desliza hácia la puerta por donde huyó Jorge.)

AURORA. No pone tasa
á su furia.

GERMAN. Quién, señora?

AURORA. Aquí mismo, hace un momento
era su ademan violento...

VARNER. (Conduciendo á Jorge que trae dos pistolas.)
Mira el seductor de Aurora. (Señalando á German.)

JORGE. Infame!.. vas á morir...

(Catalina al ver que Jorge se dirige á German, le obliga violentamente á entrar en el cuarto de la derecha, Aurora se precipita sobre Jorge que la rechaza.)

AURORA. Detente!

JORGE. Quiero saciar
mi cólera!.. y no parar
hasta verle sucumbir!..

(Rechaza á Aurora: entra en el gabinete y á poco se oyen dos pistoletazos: Aurora dá un grito y cae desmayada en los brazos de Catalina; en seguida aparece Jorge con el ademan descompuesto seguido de Dermont y criados.)

AURORA. Ah!

VARNER. (Se logra mi venganza!)

DERMONT. Huye pues, desventurado;
un coche está preparado
y es ya tu sola esperanza...

JORGE. (Con ademan sombrío y decidido.)
Sí, pues lo quiere mi estrella
y es conveniente, huiré...
mas con ella moriré
ó me salvaré con ella.

(La arranca de los brazos de Catalina, y salen ambos violentamente por la puerta secreta. Dermont está horrorizado: Catalina quiere seguirlos, pero la puerta se cierra en seguida; va corriendo hácia la ventana desde donde hace señas de que huyan: aparecen por la puerta de la derecha varias gentes de justicia.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

CUADRO QUINTO

Patio de una posada: puerta en el fondo y á la derecha, que conduce á la bodega: á la izquierda algunas mesas y bancos. Durante la representacion se ven algunos criados que entran y salen como para preparar el servicio de la posada.

ESCENA PRIMERA.

MAGDALENA.—CRIADOS.—Luego SAMUEL.

MAGDAL. Vamos, no hay que descuidarse
ni pasar el tiempo, chicos.
Cuidad que en la sala grande
esté corriente el servicio...
Hoy es la fiesta del pueblo
y es necesario andar listos...
Tú, Andrés, baja á la bodega
y echa en los jarros el vino
suficiente... Marta, corre
á la cocina; es preciso
que se arregle la comida
á los del número cinco...
Jesús! si una no está en todo...
SAMUEL. (Dentro.) A ver... tenedme el estribo...
MAGDAL. Ya está ahí Samuel.
SAMUEL. Buenas tardes,
Magdalena... ya te he dicho (Mirando al foro)
que le dés el pienso doble,
pues lo ha ganado el tordillo...

Y no merezco un abrazo,
señora esposa...

MAGDAL. Y qué, has visto
al magistrado?

SAMUEL. Sí tal;
tambien me ha dado el permiso
de poner en nuestra puerta
el escudo apetecido
con las armas de Baviera.

MAGDAL. De veras?

SAMUEL. Será magnífico,
con unas letras doradas
y sobre fondo rogizo...
La posada del Leon
de oro, va á darnos, de fijo,
gran renombre en el país...
(Saca unas cartas del bolsillo.)

MAGDAL. Qué es eso?

SAMUEL. Carta del primo,
que el ordinario de Veisbruck
me ha entregado en el camino.

MAGDAL. Y esa otra?

SAMUEL. Es para un sugeto
á quien en mi vida he visto.

MAGDAL. Cómo!..

SAMUEL. Un capitan francés
que segun me han prevenido,
parará en nuestra posada.

MAGDAL. (Leyendo el sobre.)
El sobre canta eso mismo.
«Posada del Leon de oro...»

SAMUEL. Y bien, qué gente ha venido
en mi ausencia?

MAGDAL. Un comerciante
y nadie más...

SAMUEL. No te he dicho
lo obsequioso y complaciente
que el juez ha estado conmigo.

MAGDAL. De veras?

SAMUEL. Me hizo almorzar
en su casa... vaya un vino!..

y qué pastelon de liebre!..
qué cocina!.. y qué apetito
que tiene la autoridad!..
Y qué noticia he sabido!..
Te acuerdas de aquel insigne
picaron?.. aquel mendigo
que hace dos años y medio
de Hungría ó Bohemia vino,
con su muger, y una chica,
que viven en el maldito
monte rojo?

MAGDAL. Bien; sí, Jorge.

SAMUEL. Pues señor, mañana mismo
van á echarle del pais.
Por fuerza... si es un perdido
que está debiendo seis meses
de alquiler!.. Y lo que digo;
quién se atreverá á brindarle
ni aun por un dia un asilo?

MAGDAL. Me alegro... aunque á la verdad
mi corazon no es de risco,
y su muger y su chica
me dán lástima.

SAMUEL. Yo he visto
la órden en papel sellado,
con todos los requisitos.
Lo cierto es que á mí me trae
gran cuenta, y me felicito
por ello. Desde que ese hombre
está en el monte vecino,
todo el mundo anda asustado,
como de un aparecido
huyen de él; de noche nadie
transita por el camino,
y antes de que el sol se oculte,
por no ver á ese vampiro
desfilan los parroquianos
de mi casa; ya he perdido
por su causa algun dinero.
Si entra aquí con el designio

de beber todos al punto
se apartan.

MAGDAL. Pues yo te digo
que eso es exageracion.
Y si viera algun indicio
de maldad, me guardaría
muy bien, como hice el domingo
de acercarme á su barraca.

SAMUEL. Qué dices?.. te has atrevido?..

MAGDAL. No estaba allí Jorge, pero
ví á su muger... Dios bendito!..
Qué infelicidad tan grande!..
no pude más, y el bolsillo
les dí con cuatro florines...

SAMUEL. Hiciste mal.

MAGDAL. Ni un resquicio
de pan habia en la choza.

SAMUEL. Pues no importa... y te prohibo...
al holgazan se le debe
odiar...

ESCENA II.

DICHOS.—ALDEANOS.—PASAGEROS.

ALDEANOS. (Dando en las mesas.) Eh!.. Cerveza!

OTROS. Vino...

MAGDAL. Hola!.. ya viene la gente
de la plaza...

SAMUEL. Yo á servirlos
me preparo.

MAGDAL. Yo me marcho
á la cocina... (Sale por el fondo.)

SAMUEL. (A los bebedores.) Hijos mios,
esperad un breve instante:
voy á traeros el líquido...

(Entra en la bodega y vuelve á poco con dos jarras. Los Aldeanos sentados en las mesas hablan entre sí. En este momento entra Jorge pobremente vestido, con abatido ademan y miradas errantes. Asi que los aldeanos le divisan, se hacen

señas unos á otros y se levantan como esquivando su presencia. Jorge se adelanta hasta una mesa que está en primer término y se sienta en un banco: dos aldeanos que le ocupaban, al verle se levantan precipitadamente. Jorge aparece distraido, sin fijar en nada su atencion. En este momento sube Samuel de la bodega, y entra Magdalena por el foro.)

ESCENA III.

MAGDALENA.—SAMUEL.—JORGE.—ALDEANOS.

SAMUEL. Vamos, no hay que impacientarse;
os traigo vino y cerveza...
(Viendo que los aldeanos le señalan á Jorge.)
Pero qué es esto?.. Ah!.. ya entiendo
Por vida de!... Magdalena, (A su muger.)
vés lo que antes te decia!

MAGDAL. Qué pálido está! qué ojeras!..
Ah!.. voy á ofrecerle un trago.

SAMUEL. Cómo un trago!.. deja, deja,
verás cómo le despacho...

MAGDAL. No le trates con dureza...

SAMUEL. Eh!.. señor, Jorge...

JORGE. (Mira fijamente á Samuel; este le saluda como con miedo.)
Qué es eso?

SAMUEL. Es que... perdonad... quisiera
saber... si necesitábais...

JORGE. Solo recobrar mis fuerzas
en este banco.

SAMUEL. Eso á nadie
que entre en mi casa se niega.

JORGE. Estando desocupado,
creo que derecho tenga...

SAMUEL. Oh!.. tanto como derecho...
(Magdalena le tira de un brazo.)
Bien, muger, estáte quieta...
Crees tú que para hablar
tengo pelos en la lengua?
(A Jorge.) Pues sí tal, haciendo gasto,
aquí á nadie se molesta;

pero no es justo impedir
que otro se siente en la mesa,
cuando este otro... me entendeis?..

JORGE. (Levantándose.) Os entiendo... y me avergüenza
ver tan poca caridad...

SAMUEL. Caridad!.. á veces cuesta...

MAGDAL. (A Samuel.) Va á sucederte algo malo...

JORGE. No tengo ni una moneda
y nada puedo exijiros..
pero he andado cuatro leguas:
la sed me abrasa... quereis
darme agua?

SAMUEL. (Enternecido.) Voto á mi abuela!

MAGDAL. (A Samuel.) Tiene sed!

SAMUEL. Y solamente
nos pide agua... Me dá pena...

MAGDAL. A mí tambien.

SAMUEL. Y no tengo
valor para echarle fuera.

MAGDAL. Vaya, no se trata de eso:
démosle pan y cerveza.

SAMUEL. Así como así, mañana
ya no estará en esta tierra.

MAGDAL. Mira, ponle algo de carne.

(Al volverse Samuel vé á Jorge que va á salir.)

SAMUEL. Eh!.. dónde vais tan depriesa?
esperad que voy á daros
alguna cosa... (Sale.)

JORGE. La idea
de regresar á mi choza
sin auxilios me atormenta!
Pobre Aurora! pobre Anita!..
Cómo resistir sus quejas...
sus sollozos!.. cómo voy
á decirlas que aunque vieja,
la cabaña en que vivimos
mañana no será nuestra...
ni tendremos más albergue
que un hueco en alguna peña?
(Sombrío.) Si hubiese algun caminante!..
(Hace un movimiento de horror.)

(Samuel entra y pone sobre la mesa un vaso de cerveza y un pedazo de pan; al mismo tiempo aparece por la derecha un viagero.)

ESCENA IV.

Dichos.—SAMUEL.—Un viagero.

Samuel. Vaya, recobrad las fuerzas,
y no digais en la vida
que el Leon de oro sus puertas
os cerró; bebed un trago
y guie la Providencia
vuestros pasos.
(Jorge parte la mitad del pan y se le guarda, comiendo con ansia el resto. El viagero le contempla.)
Magdal. (A Samuel.) Este es el
comerciante, que nos deja
y parte para Munich!..
Habeis encontrado buena
nuestra posada?
Viagero. Excelente,
y prometo que á la vuelta...
Quién es?.. (Señalando á Jorge.)
Samuel. Un pobre extranjero
que vive actualmente cerca
de aquí... creo que de Francia
ha venido.
Viagero. Su ánsia extrema
indica que ese alimento
no ha de dejar satisfecha
su necesidad. Haced
que traigan una botella
de buen vino; tomaremos
antes de partir la espuela.
Samuel. Y en su compañia vais
á beber?
Magdal. De tu incumbencia
no es eso; baja al momento

y toma de la bodega
una botella... ya sabes...
de las que hay á mano izquierda...
(Samuel da el encargo á un criado que baja á la bodega.)

VIAGERO. (A Magdalena.) Para no perder el tiempo,
si quereis, dadme la cuenta.
(Magdalena se sienta á escribir: el criado sube la botella con un vaso, á indicacion del viagero le coloca en la mesa donde está Jorge, que no ha hecho atencion. El viagero echa vino en su vaso, despues derrama la cerveza del de Jorge y le llena á su vez. Jorge le mira sorprendido.)
(A Jorge.) Vamos, buen hombre, bebed;
que esto más que la cerveza
dará calor al estómago
y más vigor á las piernas.
(Los bebedores le miran sorprendidos. Samuel les hace señas para que callen.)
Brindad en nombre de Dios
que de su mano no deja
al desgraciado.

JORGE. (Despues de beber.) Este vino
conforta.

VIAGERO. Repetid; ea,
á que tengamos mejores
tiempos.

JORGE. (Con amargura.) Sí... mañana me echan
de mi cabaña.

SAMUEL. (A Magdalena.) Esa accion
vá á causarle alguna perra
aventura.

MAGDAL. (Contando.) Cinco y siete,
doce.

SAMUEL. Ya verás...

MAGDAL. Me dejas?

VIAGERO. (A Jorge.) Conoceis bien el país?

JORGE. Sí, señor.

VIAGERO. Dicen que á cierta
distancia de aquí un sendero
hay que á Munich endereza...

JORGE. Sí tal, el del monte rojo...
Se atajan unas tres leguas.

VIAGERO. Y... se puede ir á caballo?
JORGE. Sin guia no, pues la senda
es intrincada.
MAGDAL. (Dándole la cuenta.) Tomad,
desayuno, cama, cena
y pienso para el caballo,
cinco florines.
(El viagero saca un bolsillo y empieza á contar el dinero sobre la mesa, Jorge le mira con ansiedad.)
JORGE. (Monedas
de oro!..)
VIAGERO. (Dando el dinero á Magdalena.) Creo que es la suma;
disponed que la maleta
coloquen en el caballo.
MAGDAL. Está bien. (Dando la órden á un criado.)
JORGE. (Oh Dios!.. qué intenta
mi avaricia!.. á quien acaba
de socorrerme!.. no, fuera
cobarde accion.)
VIAGERO. (Reflexionando.) (Mejor es,
pues la ocasion se presenta,
aprovecharla... este pobre
puede servirme en la empresa.)
(Dirigiéndose á Jorge que va á salir.)
Buen hombre, oid un momento;
llegar á Munich me es fuerza
temprano, y por el atajo
quiero ir; mas como pudiera
extraviarme por el monte,
os suplico, si molestia
no os causa, que me sirvais
de guia.
JORGE. (Espantado.) Yo!
SAMUEL. Buena es esa!
JORGE. Serviros...
VIAGERO. Pienso pagar
vuestro trabajo, y en muestra
tomad estos dos florines.
JORGE. (Despues de vacilar.)
Bien... iré, ya que se empeña.
(Cielos, apartad de mí

esta tentacion!)

MAGDAL. (A Samuel que le habrá hablado en secreto.)
No seas
mal pensado.

SAMUEL. Es que no quiero
cargar así mi conciencia.

MAGDAL. Qué vás á hacer? A impedirle
que remedie su miseria
ganándose un buen jornal...
Además, como hoy es fiesta,
llenos estarán de gente
los caminos... eh!.. recuerda
que mañana esa familia
sale del pais y deja
que pueda contar con algo

SAMUEL. Bien; mas si el diablo lo enreda...

VIAGERO. Conque, patrones, salud...

MAGDAL. Buen viage...

SAMUEL. No se detenga
en el camino y procure
llegar con sol... y Dios quiera
(Jorge y el viagero salen por el fondo.)
que pueda otra vez dormir
en mi posada.

MAGDAL. Hay simpleza
como la tuya.

SAMUEL. Qué quieres
serán aprensiones nécias
mas lo que es yo en su lugar...
en fin, que con él se avenga.
(Entran ambos en la cocina.)

ESCENA V.

EDUARDO.—Luego SAMUEL.

EDUARDO. Esta será la posada
por las señas que me han dado.
Dios mio!.. tendré la dicha

de encontrar lo que con tanto
interés busco!.. mis padres!..
á quienes ya tantos años
de destierro y desventura
tendrán, si no han acabado
con ellos... Mi pobre tio
al morir me dió el encargo
de proseguir sus pesquisas,
y reuniendo los datos
que él se procuró, he sabido
que en estos contornos áridos
se ocultaban hace poco...

SAMUEL. Un militar!.. quereis algo,
jóvén?

EDUARDO. Sois de esta posada
el dueño?

SAMUEL. A vuestro mandato,
pero esperad un instante.
Venis de Munich?

EDUARDO. Acabo
de llegar.

SAMUEL. Lo presumia.
Sois francés?

EDUARDO. Sí tal.

SAMUEL. Es claro!
Y no esperais una carta
que aquí tiene que entregaros
el dueño de la posada
del Leon de oro?

EDUARDO. Es exacto.

SAMUEL. Está bien: si me dijérais...

EDUARDO. Sí, señor me llamo Eduardo
de Velmont.

SAMUEL. Exactamente...
tomad la carta... Qué guapo
(Eduardo lee con ansiedad.)
jóven!.. Cómo le interesa
su lectura... á no dudarlo
es un billete amoroso...

EDUARDO. Sí, lo confirma... Dios Santo!..
Decid, buen hombre...

SAMUEL. Mandad.
EDUARDO. Necesito para un caso
urgente algunas noticias:
si me las dais os preparo
una gratificacion.
SAMUEL. Mi capitan, yo no trato
más que de serviros.
EDUARDO. Bueno.
Estando aquí avecindado,
conocereis á las gentes
del distrito?
SAMUEL. Fuera un ganso,
y no cumpliria bien
mi oficio de lo contrario.
EDUARDO. Os pregunto por un hombre
de edad, pobre y retirado
á estas montañas.
SAMUEL. Señor,
por tales señas no caigo...
EDUARDO. Hace dos años que habita
el país.
SAMUEL. Esperad... vamos,
no puede ser... os han dicho
su nombre?
EDUARDO. Jorge.
SAMUEL. Alabado
sea Dios!.. Sí, le conozco,
aunque de ello no me alabo,
ni es mi amigo, ni en la vida
me ocurrió el darle la mano.
EDUARDO. Vive su muger?
SAMUEL. Sí, tal:
por cierto que es un dechado
de bondad.
EDUARDO. (Enternecido.) (Ah madre mia!)
SAMUEL. (Le enternece mi relato!)
EDUARDO. Y... dónde están actualmente?
SAMUEL. A una legua del barranco
que habreis hallado al venir.
(Llevandole á la puerta.)
Veis una ermita á lo largo?

Pues bien, allí está su choza...
EDUARDO. Su choza? Dios soberano!
Pues qué, lo pasan tan mal?
SAMUEL. Que si lo pasan?.. No ha un cuarto
de hora que Jorge ha salido
de aquí, débil y estenuado
por el hambre... le dí un pan
de limosna; á poco rato
salió sirviendo de guia
á un pasagero... si el diablo
no ha terciado en el negocio...
(Viendo á Eduardo que se sienta medio desmayado.)
Mas qué es esto?.. os poneis malo?
Qué palidez!.. bueno fuera
que tomáseis un bocado.
EDUARDO. (Recobrándose.)
Sin duda el poco alimento...
y sobre todo el cansancio...
SAMUEL. Magdalena, Marta, Andrés...

ESCENA VI.

DICHOS.—MAGDALENA.—MARTA.

MAGDAL. Qué sucede?
SAMUEL. Pronto, un vaso
de vino para el señor...
EDUARDO. No es menester, ya me hallo
mejor, y debo partir
al instante: mis criados
á Veisbruck llegarán hoy
con mi equipaje: os encargo
la mejor habitacion
de la casa: no reparo
en el precio sobre todo.
vendré mañana temprano
con mi familia.
MAGDAL. . Muy bien.
EDUARDO. (Dándole algunas monedas.)
Tomad; dejo adelantados
diez florines.

SAMUEL. Y pensais
partir en seguida?
EDUARDO. Tardo
ya en llegar. Dadme las señas
exactas del solitario
albergue de Jorge.
MAGDAL. Cielos!..
estais en vos!
SAMUEL. Desdichado!
EDUARDO. Cada momento que pasa
un siglo es de sobresalto.
MAGDAL. Pero señor, ved que el cielo
se nubla, algunos relámpagos
anuncian la tempestad...
quedaos por Dios, quedaos.
EDUARDO. No hay nada que me detenga...
SAMUEL. Mirad que el sitio no es llano,
y hay muchos derrumbaderos.
EDUARDO. No importa, fuera escusado
hacerme esas objeciones...
Ved que las señas aguardo.
SAMUEL. Está bien: atravesad
el pueblo, dejad los álamos
á la derecha y seguid
por el sendero más ancho
que desemboca en la ermita.
MAGDAL. Y tened mucho cuidado
de evitar los precipicios...
EDUARDO. (Saliendo.) Pues hasta mañana.
SAMUEL. Santo
varon!.. se rompe el bautismo!
MAGDAL. Y es muy galan el muchacho!
SAMUEL. Sí, por cierto, y sobre todo
que nos paga adelantado...
Con que retirad las mesas
que vá á llover... vamos, vamos...
(Entran por la derecha. Empieza la tempestad.)

CUADRO SESTO.

Interior de una mezquina choza: á la izquierda el hogar sin fuego: detrás una cortina destrozada que oculta un miserable lecho; á la derecha un pequeño cuarto cuya puerta estará abierta; en el foro dos ventanas por las que se descubre un paisage árido, entre ambas la puerta formada de tablas mal unidas. El aspecto de la choza es miserable. Por encima del techo se ven las cordilleras de los montes formando un anfiteatro de rocas y sobre la última al foro una ermita.—Tempestad.

ESCENA PRIMERA.

AURORA.

La tempestad me amedrenta...
Más temible cada vez,
aumenta la lobreguez
al acercarse violenta...
Y Jorge que aun no ha venido
desde ayer! Quizás no ha hallado
trabajo, y desesperado
por la miseria, aburrido...
Me mata el considerar
que sin él mi Anita y yo
pereceriamos... Oh! (Truenos)
qué ruido!.. vá á despertar
á mi hija... ¡Pobre inocente! (Se acerca al lecho.)
aun goza el grato beleño
de su benéfico sueño...
No seré yo quien intente
turbarle: su dulce acento
pediría con afán
«pan»... Cielo santo! Ni aun pan
puedo darla... qué tormento!
Pero las esclamaciones
no sirven, es necesario
trabajar; de lo contrario

seguirán las privaciones.
(Se sienta junto á la mesa y cose.)
Por qué Dios al condenarme
á esta horrible angustia fiera
dos veces quiso que fuera
madre? Fuerza es resignarme!
Eduardo al menos será
feliz, mi tio habrá hecho
un esfuerzo en su provecho...
Qué hermoso mi hijo estará!
Tal vez al verle á mi lado
no le reconocería...
Podré abrazarle algun dia?..
Ah!.. quiera el cielo, apiadado
de mi dolor, conceder
tal dicha á mi corazon...
(La tempestad se embrabece: el viento derriba con violencia la puerta de la choza. Anita se precipita del lecho y corre á los brazos de su madre.)

ANA. Ay madre, qué confusion!
si iremos á perecer?..

AURORA. La tempestad se desata
con furor desconocido.

ANA. Y mi padre?

AURORA. Aun no ha venido...
Si nuestra fortuna ingrata
causado le habrá algun mal!

ANA. No llores: le esperaremos...
y en tanto trabajaremos.

AURORA. Vas á ayudarme?

ANA. Sí, tal. (Se sienta á trabajar.)
Pero tengo mucho frio
aunque el ánimo me sobra...
en fin, manos á la obra ..

AURORA. Pobre niña!.. cuánto ansio
que termine en un momento
este estado tan precario!..
Mucho aliento es necesario,
y á mí me falta el aliento.

ESCENA II.

DICHOS.—JORGE.

(Entra presuroso con el ademan descompuesto y la vista extraviada, trae una cesta en la mano y la deja en el suelo.)

AURORA. Ah! Jorge, con qué impaciencia
te hemos esperado!

ANA. Sí,
porque cuando truena así,
crece mi miedo en tu ausencia.

JORGE. Miedo?

ANA. De la tempestad.

AURORA. Y á tí no te ha sucedido?..

JORGE. (Receloso.) Qué es lo que darme has querido
á entender?..

AURORA. Nada en verdad,
mas como has estado fuera...

ANA. En fin, ya no hay que temer,
puede tronar y llover
estando tú cuanto quiera.

JORGE. (Empujando la cesta.) Comed...

AURORA. (Descubriéndola.) Oh! quién se ha dignado
con mano tan generosa
socorrernos?

ANA. (Abrazándole.) Qué famosa
comida te has procurado!

JORGE. Aparta (Rechazándola.)

ANA. De mal humor
vienes?

JORGE. (A Aurora.) Dispon al momento
la mesa.... vengo sediento.
y de mi sangre el hervor
me sofoca. (Se sienta á la mesa que Aurora le habrá preparado.)

AURORA. Sí en verdad;
te encuentro muy aterrado...
lo mucho que has trabajado
para adquirirte.. .

JORGE. Callad.

(Parece que en mi semblante
adivina!..) Llena el vaso;
tengo una sed que me abraso...

AURORA. (Le ofrece el vaso, Jorge vá á beber, pero le rechaza de repente y vá á colocarse al extremo opuesto.)
No, no! (Yo estoy delirante!)

AURORA No bebes, Jorge?.. por qué? (Acercándosele.)

JORGE. Sí, dame agua, Ana, hija mia:
el vino.... daño me haría...
está rojo, por mi fé... (Preocupado.)

ANA. (Dándole un vaso de agua.)
Bebe. (Jorge apura el vaso.) Padre, estás herido?

JORGE. Qué dices? (Asustado.)

ANA. Que hay en tu mano
sangre.

AURORA. Cielo soberano! (Corriendo hácia Jorge.)

JORGE. (Limpiándosela apresurado.)
Trepando sin duda ha sido...
La roca está escurridiza
y... caí... (Yo no sosiego...)

AURORA. Tiemblas? (Cojiéndole una mano.)

JORGE. De frio.

AURORA. Y sin fuego!

JORGE. (Con amargura.)
Es verdad!

ANA. (Junto al hogar.) No hay ni aun ceniza.

JORGE. Oh! pero esto vá á cesar;
alégrate... ya el destino
nos prepara otro camino...
nuestra suerte vá á cambiar.

AURORA. Qué dices?

JORGE. Con toda urgencia
vamos á partir; el juez
de Kleinfeld con altivez
me entregó esta providencia
sin escuchar mis clamores;
pero es claro, ni aun aquí
este ruin zaquizamí,
deshecho de leñadores,
puedo pagar, y en la traza
dió de echarnos.

AURORA. (Llorando y abrazando á Anita.) Qué crueldad!..
Aun la misma soledad
de este bosque nos rechaza!
JORGE. Sí... sí... partamos muy lejos!
AURORA. Qué contínuo padecer!...
JORGE. Cariño puedes tener
á este nido de vencejos?
Esas tablas mal unidas
de este ruin alojamiento,
por donde penetra el viento,
pueden serte tan queridas?
No, mañana partiremos
de estas montañas, en fin;
á Viena, Hamburgo, Berlin....
nuestro gusto seguiremos.
AURORA. Más distantes cada vez
de mi hijo!
JORGE. A quien satisfecho
ya tu tio le habrá hecho
maldecir nuestra vejez.
AURORA. Calla.... Pero esa jornada,
cómo hemos de continuar?
JORGE. (Sacando del bolsillo un puñado de monedas.)
Hay aquí con que pagar
hasta carruage y posada.
AURORA. (Con alegria.)
Oro!... (Cavilosa.) Cuándo has adquirido?...
JORGE. En.... el camino encontré
una bolsa y la... tomé.
AURORA. Pero... Y si el que la ha perdido?...
JORGE. (Con aire sombrio.)
Descuida.... Con la mitad
á una ciudad populosa
irémos; luego.... no es cosa
de implorar la caridad....
La fortuna no importuna
con insistencia tan harta...
Y por último, una carta
puede darme otra fortuna.
AURORA. Aun te persigue esa idea?...
JORGE. Te digo que nadaremos

en oro, y más no veremos
la suerte ceñuda y fea....

AURORA. Jorge...

JORGE. Silencio!... alguien llega.

ESCENA III.

DICHOS.—VARNER. (Derrotado.)

VARNER. Señores, tengan piedad,
y denme por caridad...

ANA. Es un pobre!

AURORA. Ay, á quien ruega!

ANA. Yo le daré alguna cosa. (Yendo hácia la mesa.)

JORGE. No; despedid al momento
á ese mendigo harapiento....

AURORA. Su miseria es espantosa.
Hagamos algo por él,
ya que nosotros sabemos
lo que es ser pobre... no demos
en extremo tan cruel.

ANA. Tiene hambre.... el pobre me implora...
y el hambre es cosa feróz.

JORGE. Ya he dicho que no.

VARNER. (Adelantandose.) Esa voz!...

AURORA. } ¡Varner!
JORGE. }

VARNER. ¡Y tambien Aurora!...

JORGE. (Precipitándose con un baston sobre Várner.)
El infierno te ha traido
ante mi vista quizás!...

ANA. Padre! (Deteniéndole).

AURORA. (Idem.) Detente... qué vas
hacer... recobra el sentido.
(Jorge permanece sombrío, deja caer el baston que Ana oculta.)

VARNER. Sigues siendo tan violento
como en tus primeros años:
de nada los desengaños
sirven para tu escarmiento?
Fueras ménos desgraciado
porque tendido á tus pies

hubiera muerto?.. Ya ves
tu mujer, cual lo ha estorbado.
Empiezo por concederte
la razon: yo delinquí,
fuí tu amigo y te vendí,
y aun más, procuré perderte....
Pero hay hombre, en conclusion,
que si un plan se le presenta
y si la ocasion le tienta
deje el plan y la ocasion?
Además, Dios mismo ahora
de vengarte se ha encargado
y ya ves cuál te ha vengado,
pues la miseria traidora
me sirve de compañera,
y á tal estado le plugo
reducirme, que el verdugo
lástima de mí tuviera.
Con que olvida á la verdad
aquella calaverada,
y dale á tu camarada
la mano y la voluntad.

JORGE. (Sentado junto á su mujer y teniendo á Ana sobre sus rodillas.)
No, yo amigo de un ingrato
no puedo en mi vida ser....
tú me hiciste cometer
un cobarde asesinato.

VARNER. Tu cólera con afan
una existencia pedia,
y yo por salvar la mia
te entregué la de German.
Por lo demás, yo acusado
cual tú sufrí igual castigo,
pues juntamente contigo,
tuviéronme encarcelado.
Huimos: tiempo pasó,
y al fin de tantos extremos
ahora ambos á dos nos vemos
pobre tú, mendigo yo.
Haz de ese enojo merced

y no prediques moral,
pues tengo un frio glacial,
y mucha hambre y mucha sed.
Por esta noche te pido
hospitalidad; mañana
partiré... Si no se humana
tu corazon me despido.

ANA. Jorge...

JORGE. Está bien, quédate.

AURORA. (Asiendo de la mano á su hija.)
Ven, Ana... (Desde que ha entrado,
en mi mente ha despertado
memorias tristes á fé...)
(Se retiran al fondo.)

ESCENA IV.

JORGE.—VÁRNER.

VARNER. (Quitándose el morral y dejando el palo.)
Lo que es la compañía
no me hace una gran falta, y yo daría
toda la sociedad de los salones
por encontrarme ahora
con un par de pichones. (Acercándose á la mesa.)
Aves dije, y por Dios que toco y veo
aquello que exigía mi deseo,
mi voraz apetito...
Con tu permiso, Jorge, yo me siento
pues comer necesito.
(Se sienta y come; Jorge permanece apartado.)
No debes ser tan pobre á lo que infiero
cuando tan bien te tratas...
Magnífico es el vino!...
Esto debe costarte algun dinero,
y empiezo á sospechar que te maltratas
y que te has vuelto avaro y usurero...
Vamos, bebe conmigo,
como hacerlo solias
en los hermosos dias
de nuestra bella juventud... alienta...

O aun pretendes vengarte de tu amigo?

JORGE. (Con melancolía.)
Tal idea rechazo;
una frase que he oido,
que comprenderla, Várner, no has podido
ha desarmado al punto de mi brazo
la homicida violencia.

VARNER. Razon tuviste á fé; pero en conciencia
por tí lo sentiría...
este vino conforta. (Bebe.)
Yo pues, Jorge, á la larga ó á la corta
he de ser rico... espero
ocasion oportuna
para allegar espuertas de dinero
y reirme del mundo y la fortuna.

JORGE. Qué dices?... (Con interés.)

VARNER. Tengo aquí cierto secreto.

JORGE. Habla, guardar reserva te prometo.

VARNER. Hombre, te lo confieso francamente;
de tí no me acordaba, y no es ofensa;
pero ahora, al encontrarnos de repente,
al ver tu situacion tan desdichada,
y mil otras escenas recordando
de nuestra juventud ¡ay! ya pasada,
casi que tentaciones me van dando
de hacerte sabedor de mi secreto
y pagar de este modo por completo
el mal que pude hacerte
poniendo de tu parte hoy á la suerte.

JORGE. (Dudando.) Nadie al ver tu equipaje, yo lo fio,
supondria tu excelso poderío.

VARNER. Es verdad; á juzgar por mi vestido,
que está de bien llevado mal traido,
nadie me creerá, ni aun tú tampoco,
si mal no lo barrunto:
con que no se hable más ya del asunto.

JORGE. No, no yo te suplico...

VARNER. Pues escúchame, chico;
no creas que ilusion es de mi mente,
acaso por el hambre extraviada,
aquello que te cuente...

Una combinacion tengo pensada
para poder ganar constantemente.
No hay banquero ante mí que se defienda.
El hijo predilecto de la suerte
mal librado saldrá de la contienda
si es que pongo yo en planta mi proyecto...
Pero ya que orgulloso te me haces
y rehusas firmar conmigo paces...

JORGE. Yo cedí al primer pronto, lo confieso;
ya sabes tú que soy arrebatado
y me entrego en seguida á algun exceso;
pero habiendo el enojo ya pasado...

VARNER. Te creo, mas Aurora me aborrece.

JORGE. Es mi mujer, la mando y obedece.

VARNER. Está bien; pero existe otra barrera
que deja sin efecto
la realizacion de mi proyecto.
Es menester dinero...

JORGE. (Sacando algunas monedas.)
Y bien, no le tenemos?

VARNER. (Con avidez.) Oro!... pardiez! yo espero
que nos asociaremos...
Pero no tienes más?

JORGE. Qué, no hay bastante?

VARNER. Es poco.

JORGE. Qué desgracia!

VARNER. No acomodo
mi proyecto á esa suma... mas no obstante...
De qué modo adquiriste?...

JORGE. (Horrorizado.) De qué modo?
(Empieza á anochecer: por una de las ventanas se vé á Eduardo á lo lejos.)
Qué te importa?

VARNER. Lo digo
por si de igual manera...

JORGE. Mira, Várner,
quédate aquí conmigo...
Pagando cierto atraso, algunos dias
puedo permanecer...

VARNER. No, no; me asusta
ese plan... esta choza no me gusta.

JORGE. Pero escucha...

VARNER. No des en tonterias.
Soy extranjero aquí, sin pasaporte;
cualquiera que me vea, por mi porte
puede llamarme vago,
y á hombres que así viajan
es muy frecuente darles un mal trago,
si las cosas más leves se barajan.
Y hay una circunstancia
que me hizo dar en esta repugnancia.
Viniendo yo hácia aquí dejé el camino
para acortar, y eché por un sendero...
al pasar por las ruinas del molino
ví... la curiosidad del viajero!..
ví un monton de guijarros
y tierra removida;
escarbé con el palo...
y ví...

JORGE. (Asiéndole el brazo.) Silencio!

VARNER. Sabes tú?..

JORGE. Detente...
(Aterrado.) No lo digas delante de la gente.

VARNER. Por qué tales extremos?

JORGE. Ven; ya va á oscurecer... le esconderemos.

VARNER. Tú fuiste?..

JORGE. No, no; el hambre, el sufrimiento;
Satanás que inflamó mi pensamiento.
Ven...

ANA. (Saliendo.) Padre, quieres luz?

JORGE. Cielos... Anita!
No; si tu madre acaso te pregunta
dí que vamos camino de la ermita.

(Salen ambos.)

(Mientras Jorge y Varner se alejan, se ve á Eduardo que examina el terreno con curiosidad.)

ESCENA V.

ANA.—EDUARDO.

ANA. No, pues yo no estoy tranquila.
Vuelve á empezar la tormenta,
y la noche poco á poco
medrosa y oscura cierra.
Ah!... un forastero... (Viendo á Eduardo.)

EDUARDO. Amiguita,
permitid sin que molestia
os cause, que yo me informe...

ANA. Preguntad, que en lo que pueda
serviros lo haré con gusto...

EDUARDO. (Será aquí?...) Decid, no es esta
la choza de Jorge?...

ANA. Cierto;
como que en toda esta tierra
no hay otra...
(Eduardo se adelanta, manifestando en su semblante afliccion y respeto.)

EDUARDO. (Dios soberano!...
qué situacion!... qué miseria!...)
No está... el amo, pobre niña?

ANA. Ha salido, mas su vuelta
esperad....

EDUARDO. Y mi... (Conteniéndose.) y su esposa?

ANA. Mi madre? Está allí. (Señalando al cuarto derecha.)

EDUARDO. De veras?
es tu madre?...

ANA. Sí, señor.

EDUARDO. (Acariciando á Ana.)
Niña del alma!... Y qué bella!...

ANA. Esperad, voy á llamarla... (Sale corriendo.)

ESCENA VI.

EDUARDO.—Á poco AURORA.

EDUARDO. Ah!... mi madre!... voy á verla!...
Mas no debo descubrirme
de repente; esto pudiera
hacerla daño; es preciso
prepararla... tantas penas
la tendrán aniquilada.
Oh Dios mio!... ya se acerca...
Señora...

AURORA. Estoy admirada
al ver que os hayais dignado
en sitio tan extraviado
penetrar.

EDUARDO. (Contemplándola.) (Madre adorada!)

AURORA. Aun cuando no está mi esposo,
si algo me teneis que hablar...

EDUARDO. Condújome á este lugar
un motivo poderoso.
Mas veo que mis facciones
no recordais...

AURORA. (Admirada.) Antes de ahora
os he visto?

EDUARDO. Sí, señora...

AURORA. Cuándo?

EDUARDO. En varias ocasiones,
lejos de aquí; venturosa
érais...

AURORA. No, jamás lo fuí.

EDUARDO. En Francia...

AURORA. Esperad... allí
era en efecto dichosa.
Allí un hijo idolatrado
me colmaba de alegría,
pero despues hubo un dia
fatal... Estais agitado!
(Reparando en la turbacion de Eduardo.)
Venis de Francia?

EDUARDO. Sí, á fé;
nuevas me dió una persona
á quien vuestro amor abona.
AURORA. Quién?... mi hijo acaso! por qué
callais?... Y llora... Dios mio!
Sacadme por caridad
de tan terrible ansiedad...
no veis mi tormento impío?...
EDUARDO. Pues bien, señora, ese hijo,
causa de vuestra afliccion,
que guarda en su corazon
por vos amor tan prolijo;
esa prenda de alegría
que vivió de vos ausente,
por quien ahora amargamente
llorais...
AURORA. (Reconociéndole.) Vos!
EDUARDO. (Arrojándose en sus brazos.) Ah! madre mia!...
AURORA. Eduardo!.. qué singular
encuentro... es el mismo, sí...
el mismo...
EDUARDO. Madre!
AURORA. (Abrazándole con orgullo y fiereza.) De aqui
quién me le podrá arrancar?
Y yo necia que dudaba!...
(Examinándole con ansiedad.) Los mismos ojos de cielo
cuya mirada, consuelo
á mis penas procuraba!
EDUARDO. Madre!
AURORA. (Poniéndole su mano en la boca.)
Calla... el mismo acento!...
Es que está hermoso y galan...
Dios mio, y es Capitan!
Oh qué feliz regimiento!...
Capitan... todo esto indica
que es valiente y caballero...
Hijo de mi alma!... Yo muero...
el gozo me mortifica...
EDUARDO. Ea, alentad... yo os lo fio,
vuestras penas acabaron...
AURORA. Es verdad; ya recobraron

mis dichas el hijo mio.
Pero nunca de mi lado
te apartarás....

EDUARDO. No, señora.

AURORA. Bastante ha sufrido Aurora....
harto tiempo te ha llorado.
Quién aquí te encaminó?

EDUARDO. El cielo primeramente,
despues mi deseo ardiente.

AURORA. Y mi buen tio?

EDUARDO. Espiró.

AURORA. Sin perdonarnos?

EDUARDO. Señora!
ni un instante, ni un momento
dejásteis su pensamiento
de ocupar... su última hora
fué para vos.

AURORA. Pobre anciano!

EDUARDO. Despues que su rica herencia
recogí, con diligencia
traté de hallaros... no en vano,
de mis deseos en pos,
el corazon me decia
que al fin os encontraría
guiando mis pasos Dios.
Mi hermanita fué la estrella
que á vos me guió...

AURORA. Inocente!
tan buena, tan obediente
y resignada!..

EDUARDO. Y tan bella!

AURORA. Anita! (Llamando.)

EDUARBO. Nada la hableis;
quiero su afecto ganarme
antes de que pueda darme
otro nombre... Ya vereis...

ESCENA VII.

DICHOS.—ANA.

AURORA. Acércate.
EDUARDO. (Llevándola á sí.) Ven aquí
y dame un abrazo...
ANA. (Mirando á su madre.) Pero...
AURORA. Abraza á ese caballero...
Oh! cuánta dicha hay en mí!...
No pondero si te digo
todo el bien que nos depara...
ANA. Ya decia yo; esta cara
no es la de un falso enemigo.
EDUARDO. Traigo un millon en valor,
que emplear contigo quiero.
(Dándola varias monedas.)
ANA. Ay, madre, cuánto dinero!..
EDUARDO. Y otro tesoro mayor,
que es el perdon de mi padre.
AURORA. Es cierto? podré volver
al suelo patrio? Oh placer!
EDUARDO. Sí, tan pronto como os cuadre.
Pero dónde está?
(Anita despues de contar las monedas, las deja sobre la mesa.)
AURORA. Deten
tu impaciencia. (Si le llevo (Meditando.)
á la ermita... no me atrevo...
Várner está allí tambien,
y puede que á nuestro lado
quiera quedarse... no, no...
ocultarle debo yo...
es mucho más acertado
prevenirle antes: así
hará que Várner se aleje...
lo que importa es que nos deje...)
Eduardo, espérame aquí.
EDUARDO. Os vais?
AURORA. Sí, pero en seguida
volveré.

EDUARDO. Sola!

AURORA. No importa;
será mi ausencia muy corta:
te lo ruego por tu vida.

EDUARDO. Obedezco vuestro ruego.

AURORA. Es de mucha utilidad
el quedarte.

EDUARDO. A la verdad
que no comprendo...

AURORA. Hasta luego. (Sale foro.)

ESCENA VIII.

EDUARDO.—ANA.

EDUARDO. Quieres entretanto darme
un tintero, bella Anita?

ANA. Sí, señor, tambien traeré
una luz, porque está encima
la noche. (Sale.)

EDUARDO. Pondré dos letras
por ver si al punto me envia
mi equipaje el posadero
del Leon de oro... En seguida
arreglaré los papeles
que aseguran ya tranquila
la existencia de mi padre.
Es inmensa mi alegría
por haberlos encontrado...
porque me deban su dicha!

ANA. Aquí está lo necesario,
pero mejor estaríais
en mi cuarto; no hace tanto
frio.

EDUARDO. Y tú, querida niña?

ANA. Yo me pondré á trabajar.

EDUARDO. A mi lado.

ANA. Y si os fastidia
mi presencia?

EDUARDO. Yo te juro
que me es siempre muy querida.

ANA. Pues entrad, que yo iré luego.

EDUARDO. (Toma la luz y el tintero, y entra en el cuarto de la derecha. Desde este momento la tempestad vuelve á desatarse con furia siempre creciente.)

Voy por mi labor... cuál brillan
los relámpagos!... qué truenos...
Sola qué miedo tendría!...

(En el momento de ir con Eduardo hácia el cuarto derecha, se detiene al ver á Jorge y Várner. Deja la labor sobre una silla, coge la mano de su padre y le lleva hácia el cuarto donde está Eduardo.)

ESCENA IX.

ANA.—JORGE y VARNER.

ANA. Ay, es mi padre!... Ven...

JORGE. Qué es lo que intentas?

ANA. No hagas ruido.

JORGE. Por qué?

ANA. Porque ha llegado
un viajero aquí; si te presentas
sin mandarle siquiera un mal recado...

JORGE. (Mirando hácia el cuarto.)
Un militar!

ANA. El mismo.

JORGE. Yo no infiero...

VARNER. (Tomando á Jorge de la mano y llevándole hácia la mesa donde Ana ha dejado las monedas.)
Es suyo ese dinero?

ANA. No, por cierto, que es mio; él me le ha dado.
(Várner se dirige á la puerta del cuarto y observa.)
Es un jóven muy rico y muy amable...
y que trae un millon en su cartera...

JORGE. Un millon!

VARNER. (Se ha perdido el miserable!)

ANA. Yo la he visto... encarnada creo que era...

JORGE. Oro! Dios soberano!

ANA. Mira, mira, la tiene ahora en la mano.

JORGE. Y de dónde ha venido?

ANA. Yo no sé, mi mamá le ha recibido.

JORGE. Tu madre! y dónde está?

ANA. (Marchó á la ermita.

VARNER. (Mirando á Jorge con intencion.)
No me adivinas, Jorge?

JORGE. (Con voz sombría.) Te adivino.
(Se queda meditabundo.)
(Ana va á entrar en el cuarto de Eduardo, y Varner la detiene.)

VARNER. Es necesario, Anita,
que salgas á la orilla del camino,
y cuando vuelva Aurora
nos avisas.

ANA. Mejor es ir ahora
á buscarla.

VARNER. No, no.

ANA. Pero es que...

VARNER. (Empujándola.) Anda;
tu padre lo desea y te lo manda.
(La conduce de la mano hasta la puerta del foro que cierra con cuidado: Jorge permanece inmóvil.)
Su estrella le conduce al desdichado
donde hallará su muerte;
una ocasion faltaba á nuestro osado
proyecto, y la tenemos...
Jorge, resolucion, y triunfaremos.
En qué estriba, pardiez, nuestra esperanza
de vernos opulentos?
En una cantidad que en lontananza
creiamos mirar y ahora tenemos
á dos pasos de aquí... la poseemos.
Ese millon en Viena ó en Italia
puede darnos millones á porfía...
Vamos, que ya el instante es decisivo.

JORGE. No entiendo tu confusa algarabía.

VARNER. Demasiado me entiendes, por Dios vivo!
Mira nuestros harapos; considera
lo que vale un millon...

JORGE. Ah, Várner, calla!...
Abandona en seguida esa quimera...
Tú, espíritu infernal, vienes osado
á tentar la miseria en que me veo...

Calla, por Dios, y vete de mi lado,
porque tu voz incita mi deseo,
y ya mi pensamiento trastornado
va á caer en el lazo, segun creo.
Várner, vete de aquí

VARNER. Oye...

JORGE. No puedo,
porque empiezo á dudar y tengo miedo.
No, la sangre me hastía... no estás viendo
el lívido cádaver que escondiendo
hemos estado ahora!.. dí, en tu oido,
de mi padre no escuchas el gemido?
Qué más quieres de mí?

VARNER. Calla, insensato,
que ni á ser criminal has aprendido!
Es de noche... está solo... en su cartera
hay un millon... quién puede delatarnos?

JORGE. Y la conciencia, dí?

VARNER. (Con desprecio.) Y eso te altera?

JORGE. Señales quedarán que pueden darnos
por cómplices. (Da un gran trueno.)

VARNER. Escucha: la tormenta
la impunidad completa nos presenta.
Si cae un rayo aquí, todo del fuego
será pasto.

JORGE. Es verdad.

VARNER. Y de ese modo,
quién acusarnos, Jorge, podrá luego?

JORGE. Qué meditas?

VARNER. (Señalando á la ventana.) Ah! mira, en la montaña
desgaja el rayo encinas seculares,
siniestra luz el horizonte baña...
aprovechémonos de estos azares.
Prendamos fuego; el viento con su saña
no tardará en hacer que haya millares
de chispas inflamadas... vamos luego,
dame el puñal, y tú... prenderás fuego.

JORGE. No... no... yo estoy absorto.

VARNER. Pues ya es tarde
y no vacilarás... Es más terrible
que el otro viajero, dí, cobarde?..

JORGE. Ah! me tientas en vano... es imposible.

VARNER. Bien, no te muevas, de estorbar intenta
que alguien se acerque... si te llamo, acude...
me incita la tormenta,
y el estallar del rayo
la sed de sangre aquí en mi pecho alienta...

(Entra en el cuarto: en este momento cae un rayo é incendia la barraca: el fragor de la tempestad crece, Anita entra atemorizada.)

ANA. Qué horror! ah, padre mio!
no puedo estar allí, me mata el miedo!

JORGE. (Estrechando á Ana.)
Várner, Várner, deten tu brazo impío.

ESCENA ÚLTIMA.

JORGE.—VÁRNER.—ANA.—AURORA.—Despues EDUARDO.

(Al entrar Aurora, Varner sale del cuarto cuya puerta cierra, y tira la cartera á los piés de Jorge; las llamas iluminan el interior del cuarto.)

AURORA. Jorge, huye apresurado...
se ha descubierto un hombre asesinado
y vienen á prenderte... huye; de fijo...
eres perdido... Eduardo! (Llamando.)

JORGE. Qué dices?

AURORA. Llamo á tu hijo.

JORGE. Gran Dios!

AURORA. Ahí dentro está.

JORGE. (Con desesperacion.) Noche maldita,
en el libro de Dios con sangre escrita!

(Entra presuroso en el cuarto desquiciando la puerta: vuelve á salir con Eduardo del brazo, herido ligeramente: Aurora y Anita se precipitan á su encuentro.)

Toma, ahí le tienes.

AURORA. Oh, Vírgen María!
sangre... qué horror!

EDUARDO. Ya libre,
respiro al fin... ah, padre! (Queriendo abrazar á Jorge.)

JORGE. (Apartándose.) No, yo he sido

siempre verdugo de la sangre mia.

VARNER. (Asiendo á Jorge.)
Ven, huyamos de aquí, ó eres perdido.

JORGE. Espera. Adios, Aurora,
hijos del alma, adios...—Ven, insensato!
hoy nos toca á los dos, tú has sido ahora
cual siempre mal amigo, vil é ingrato...
mi roedor y mi castigo eterno...
Ven, que tu alma precita es del infierno...

(Jorge asiendo á Varner que se resiste, se precipita en medio de las llamas; Eduardo herido y sostenido por Aurora y Ana quiere socorrerle; se desmorona el lienzo de las paredes; en este momento aparecen soldados y aldeanos.)

FIN DEL DRAMA.

ERRATAS.

PÁGINA.	LÍNEA.	DICE.	LÉASE.
9	23	le dan.	le dan
16	25	mejor, amigo	mejor amigo,
17	10	impediré yo.	impediré yo,
17	12	mision.	union.
32	28	tal ved	tal vez
43	17	quiero emplea	quiero emplear
45	17	que ha perdido;	que ha perdido,
45	18	me amedranta.	me amedrenta.
48	31	estado.precarío	estado precario
55	26	este mundo	este mundo:
60	11	te remplaza	te reemplaza

Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada, si se suprime lo atajado en las escenas 7.ª del cuarto cuadro, y 9.ª y última del sexto.

Madrid 8 de Mayo de 1863.—El Censor de Teatros, Antonio Ferrer del Rio.

NOTA. Se han hecho las supresiones indicadas.

PUNTOS DE VENTA EN MADRID.

Cuesta, Carretas, 9.
Moya y Plaza, Carretas, 8.

En la Administracion, Chinchilla 10, libreria.

PROVINCIAS.

Albacete	D. Sebastian Ruiz.
Aguilar de la Frontera	Pablo del Pino.
Alcoy	José Martí.
Alicante	Pedro Ibarra.
Almería	Mariano Alvarez.
Badajoz	Francisco Diaz.
Barcelona	Juan Oliveres.
dem	Sucesor de Mayol.
Bilbao	Tiburcio Astuy.
Búrgos	Timoteo Arnaiz.
Cáceres	Pedro Vega.
Cádiz	Verdugo, Morillas y cpª.
Cartagena	Antonio Muñoz García.
Ciudad Real	Viuda de Gallego.
Ciudad-Rodrigo	Pedro Tejeda.
Córdoba	
Coruña	José Lago.
Cuenca	Pedro Mariana.
Écija	Julio de Giuli.
Gijon	Señores Crespo y Cruz.
Gerona	Francisco Dorca.
Granada	Gerónimo Alonso.
Habana	Charlain y Fernandez.
Huelva	José Vicente Osorno é hijo.
Jaen	Manuel Sagristá.
Jerez de la Frontera	José Bueno.
Leon	José Gonzalez Redondo.
Lucena	Juan Bautista Cabeza.
Lugo	Viuda de Pujol y hermano.
Málaga	José Garcia Taboadela.
Idem	Cárlos Manuel Gomez.
Manila	
Murcia	D. José Riera y Rueda
Oviedo	Bernardo Longoria.
Orense	José Ramon Perez.
Palencia	Gutierrez é hijos.
Palma	Pedro José Gelabert
Pamplona	Regino Bescansa.
Pontevedra	J. Buceta, Solla y c
Puerto de Santa María	José de Valderrama.
Puerto-Rico. Mayagues	José Mestre y Tomá
Reus	Jaime Prius.
Ronda	Rafael Gutierrez.
Salamanca	Rafael Huebra.
San Sebastian	Sres. Domercq y so
Santa Cruz de Tenerife	
Santiago	Bernardo Escribano.
Segovia	Eugenio Alejandro.
Sevilla	Hijos de Fé y compa
Santander	Fabian Hernandez.
Soria	Francisco de P. Rioj
Talavera de la Reina	Angel Sanchez de C
Tarragona	Miguel Font.
Toledo	José Hernandez.
Valencia	Francisco de P. Nav
Valladolid	Hijos de Rodriguez.
Vitoria	Bernardino Robles.
Villanueva y Geltrú	
Vigo	Miguel Fernandez D
Zamora	Manuel Conde.
Zaragoza	Viuda de Heredia.